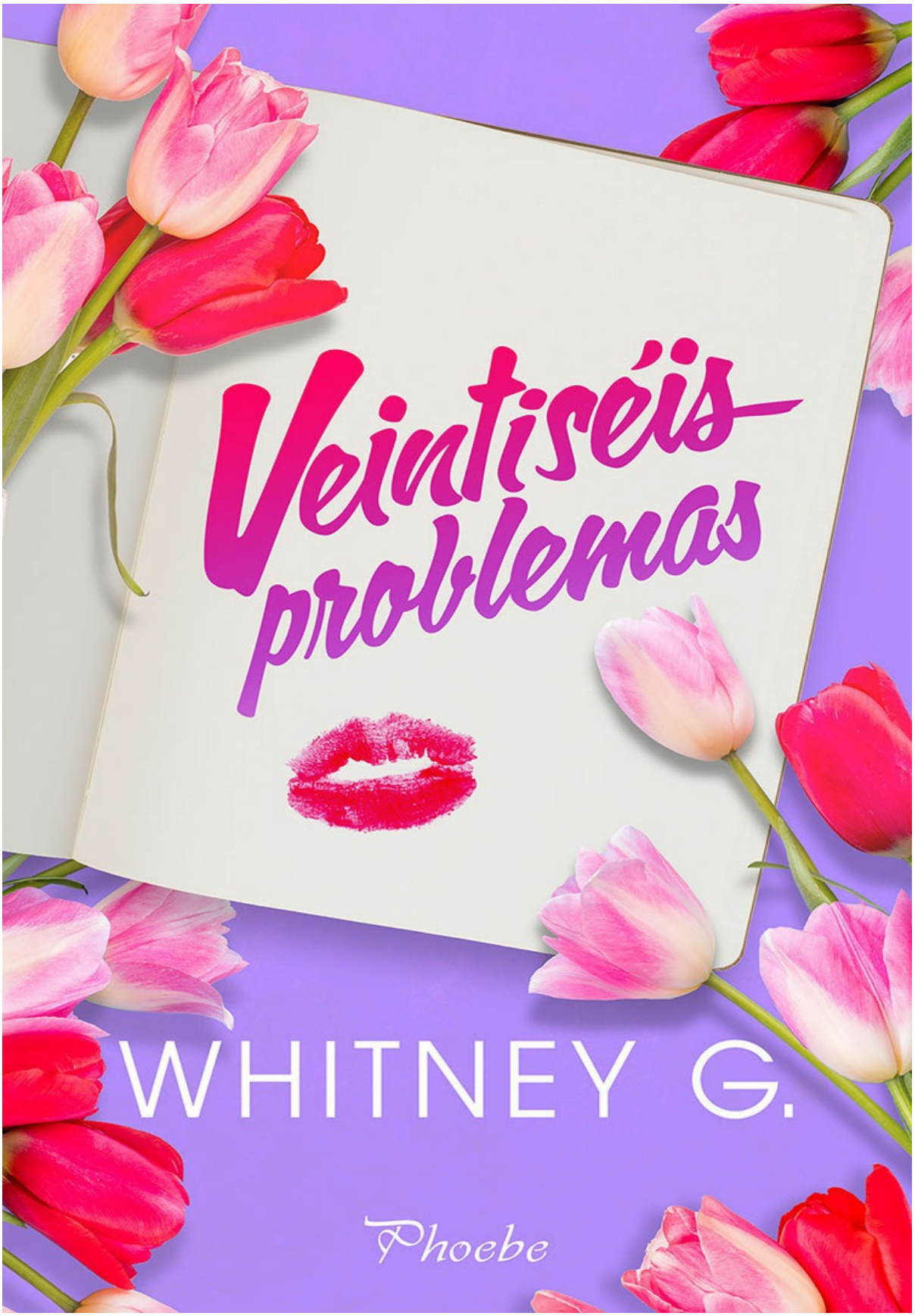
Veintiséis problemas



WHITNEY G.

Phoebe


Veintiséis problemas
WHITNEY G.
Phoebe


Veintiséis problemas
WHITNEY G.
Phoebe

WHITNEY G.

Veintiséis problemas

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: Twenty-Six Problems

Primera edición: marzo de 2025

Copyright © 2024 by Whitney G.

Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2025

© de esta edición: 2025, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Monteverde

28042 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-79-0

BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: Freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Nota de la autora

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

Epílogo

Contenido especial

Por diversión. Solo por diversión.

Una nota de Whitney G.

Queridísimo lector:

Muchas gracias por elegir el segundo libro de la Naugthy Bedroom Collection. Espero que disfrutes del romance pícaro y prohibido entre Harlow y Tyler.

Si quieres ser el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos, descuentos y contenido exclusivo que solo ofrezco a los lectores, asegúrate de suscribirte a mi Lista Exclusiva F. L. Y. («F. L. Y.» = «"Effin" Love You»). Porque tanto si te encanta esta historia como si la odias, yo te requeteadoro por haberle dado una oportunidad).

Atentamente

Whitney G.

1

Cómo conocí a tu hermano

Harlow

Ay, joder, ajjj…

—Señora, tiene que salir de la tienda. —El gerente de Big Daddy's Naughty Secrets me señaló la salida—. Por favor, no me obligue a llamar a la policía.

—Debería llamarla. —Me crucé de brazos—. Así podré explicarles que alguien de su personal me ha robado y ustedes no han estado dispuestos a hacer nada al respecto. —Me miró fijamente y nuestro impasse se prolongó hasta el infinito. No era así como quería pasar la tarde del sábado, pero me negaba a marcharme sin una respuesta—. Tengo la declaración que lo demuestra. —Le hice un gesto para que mirara el papel que había firmado en el mostrador hacía unos segundos—. Jamás he comprado uno de sus juguetes, y quiero que me reembolsen el dinero.

Cogió el documento y pasó el dedo por las líneas subrayadas en rojo.

—Al parecer, compra un montón de lencería en Victoria's Secret.

—Esos cargos son auténticos, por eso están en verde.

—Claro. —Puso los ojos en blanco—. Veamos… —Sabía que iba a hablarme de los trescientos dólares que costaba la colección Compláceme, papi, de los ochenta y cinco dólares de Más que infiel o los cincuenta dólares que costaban las pastillas para mejorar la erección—. Mire, señorita: como le he dicho, este es un asunto entre usted y la empresa de su tarjeta de crédito. —Dejó la hoja y se encogió de hombros.

—Pero la empresa no está de acuerdo —dije, suplicante—. Y la verdad es que no tenía ni idea de que existiera esta tienda antes de ver los cargos en la tarjeta, así que no he podido comprar todo esto, ¿sabe? Puede tratarse de un robo de identidad.

—Comprendo. —Sonrió—. Lo que quiere es que le conceda el beneficio de la duda, acepte que dice la verdad y le devuelva novecientos dólares sin recuperar los productos. Y con eso quedaría zanjado el asunto, ¿no?

—Sí. —Asentí—. Prometo dejar una crítica de cinco estrellas en Yelp en cuanto salga de aquí y también le diré a todo el mundo que no me han hecho pagar por lo que es un caso evidente de robo de identidad.

—Ah, perfecto. —Se cruzó de brazos—. ¡Seguridad!

—¿Qué? —Inspiré hondo—. Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo…

—Está mal de la cabeza, señorita. ¡Seguridad! —repitió a gritos.

Un guardia uniformado y muy fornido se dirigió hacia nosotros a través del pasillo de las muñecas hinchables, pero no esperé a que me alcanzara: cogí el extracto bancario y salí pitando hacia el coche; entré, cerré la puerta y golpeé el volante, frustrada.

En la inmensidad del universo, las compras en esta tienda eran una mísera gota de agua en el mar comparadas con los miles de millones que un montón de imbéciles se gastaban en PornHub, OnlyFans y Big Booty Club.

Aun así, me costaba hacerme a la idea de que iba a tener que pagar por algo que no había comprado.

Como no sabía qué hacer a continuación, recordé las cuatro cosas que mi difunta madre siempre me sugería cuando tenía problemas con sus devoluciones:

1. Denuncia una amenaza de bomba y roba la caja antes de que llegue la policía.

2. Llama a la tienda un millón de veces con teléfonos desechables y bloquéales las líneas hasta que cedan a tus exigencias.

3. Envía correos firmes (pero ligeramente amenazadores).

4. Escribe un mensaje mordaz en Facebook.

Consideré seriamente la amenaza de bomba porque era la forma más rápida de recuperar mi dinero, pero no tardé en darme cuenta de que mi viejo coche no me iba a permitir escapar a toda prisa, así que me decidí por entrar en la página de Facebook de American Express, ponerles una estrella y desahogar mis frustraciones en su muro público.

«De: Harlow McGuire

Para: Tarjeta de crédito American Express

Querida American Express:

Dado que todas las personas que me han atendido a través de sus líneas telefónicas se han negado a ayudarme, este es mi último recurso. Por enésima vez, no he comprado un masturbador masculino ni una protección bucal para el sexo oral ni he pagado una suscripción a PornHub. Tampoco entiendo por qué hay un cargo de Netflix en el extracto, porque todos los que conozco usan la cuenta de mi mejor amiga… Pero me voy por las ramas: esos cargos son fraudulentos, y me gustaría recuperar mi dinero lo antes posible.

No querría tener que llevar esto a las redes sociales, pero lo haré si no recibo respuesta. Estoy convencida de que a otros clientes insatisfechos les encantará exponerlos e insultarlos como los imbéciles que son.

Harlow McGuire».

Para mi sorpresa alguien de su personal respondió a mi mensaje en cuestión de minutos.

«De: Tarjeta de crédito American Express

Para: Harlow McGuire

Hola de nuevo, señorita McGuire:

Si al hablar de las personas que se han negado a ayudarla se refiere a que no vamos a anular los cargos, tiene toda la razón.

Según nuestros registros, esas compras han seguido un patrón regular desde febrero de este año, así que consideramos que no hay fraude posible. Ha comprado los productos, los ha recibido y está claro que los está disfrutando, así que no dude en exponernos e insultarnos en las redes sociales tanto como desee. Asegúrese de incluir la parte en la que estafa a Netflix. Estamos seguros de que les encantará saberlo.

Esperamos recibir su pago mensual el día 15.

American Express».

Solté un grito histérico al leer su respuesta. Había estado tan inmersa en mi agobiante período de prácticas y tan enamorada de mi compañero de estudios, Dave, que hacía meses que no abría los extractos de mi tarjeta de crédito. Además, todos los cargos que había hecho eran de fideos ramen, sudaderas y la suscripción a Kindle Unlimited. Bueno, y quizá había comprado de tarde en tarde algún audiolibro erótico, pero nada más.

En resumen: hasta que esa semana me habían rechazado la tarjeta en una tienda, no me había dado cuenta de que algo iba mal.

Derrotada, llamé a Chelsea, mi mejor amiga.

—Hola, mejor amiga del mundo mundial —contestó al primer timbrazo.

—Tienes que dejar de usar esa frase, Chels. No tiene ningún sentido.

—Vale, pues hola a mi mejor amiga, que se ha levantado esta mañana con el pie izquierdo.

—Lo siento. Te llamaba para aplazar lo de la noche de chicas con Farrah y contigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque ya estoy al límite gracias al cabrón escurridizo que sigue usando mi tarjeta de crédito. Voy a tener que liquidar la deuda hoy y rezar para que no me manden a recobros.

—Lo siento mucho —suspiró—. Espera… Hay un chico en mi clase de Tecnología que a veces piratea a los artistas para divertirse. Si me envías una captura de tu cuenta, puedo enviarle un mensaje con tu número y pedirle que lo investigue.

—Sí, por favor. —Saqué la captura y se la envié—. Muchas gracias.

—De nada. Suele tardar una semana en contestar, así que ten paciencia. Mientras tanto, ¿quieres que te lleve pollo o pasta a la parmesana?

—Pasta.

—Perfecto. —Colgó y arranqué el motor. Antes de que saliera del aparcamiento, apareció en mi pantalla un mensaje de un número desconocido.

555-976-9087: ¿En serio? Es facilísimo. Podrías haber encontrado la dirección de este tío a través de la

ip

tú solita: 786 University Avenue Wayward Dorm, West Campus. Si me pagas cincuenta dólares, te doy su nombre. Y si me envías una foto de tus tetas, te lo dejo en treinta.

Puse los ojos en blanco. No me hacía falta que me diera más datos porque ya sabía quién vivía en esa dirección: el hermano pequeño de Chelsea, Tyler «No Me Hablo Con Mi Familia».

Pero qué cojones…

2

True crime

Harlow

Al salir del ascensor de la residencia de estudiantes masculina del colegio mayor me asaltó un fuerte olor a pizza y alcohol.

Guiándome por la memoria, fui hacia la habitación a la que había ayudado a Tyler a mudarse hacía un par de años. No dejaba de preguntarme por qué leches seguía siendo un novato mientras pensaba en cómo iba a abordar el tema del fraude.

Tyler era solitario, distante y poco conflictivo —lo que explicaba por qué compraba material de masturbación—, pero, aun así, que me robara era inaceptable. Tenía muy claro cuáles eran las mejores opciones: portarme como una amiga comprensiva que le permitiera admitir sus errores, ser la adulta madura que le ofreciera un plan de pagos… o arrancarle la cabeza y esconder el cadáver.

Tras decidirme por la primera opción, llamé a la puerta y esperé, pero no recibí respuesta, así que volví a llamar un poco más fuerte. Nada. Estaba a punto de marcharme cuando escuché el tema de la serie Friends sonando en el interior de la habitación.

—¡Abre la puñetera puerta, Tyler! —Di unos cuantos golpes muy fuertes—. ¡Sé que estás ahí! ¡Abre ahora mismo!

Escuché el sonido de unos muebles al arrastrarse por el suelo y después se abrió la puerta.

—¿Cuántas veces tengo que…? —La frase murió en mis labios cuando él apareció en la puerta vestido solo con una toalla blanca alrededor de la cintura.

Se me desencajó la mandíbula cuando su mirada se encontró con la mía e inspiré de forma lenta y entrecortada: ese hombre no era el chico al que había ayudado con la mudanza años atrás: o era un impostor o me engañaba la vista, porque ese tío era sexy de cojones.

Ya no llevaba el cabello oscuro y rebelde hasta los hombros: ahora lucía un corte muy pulcro por el que cualquier mujer habría querido pasar los dedos, los impresionantes ojos verdes no se escondían tras unas gafas enormes y en el pecho, donde antes estaba la cicatriz que se había hecho en el colegio, llevaba un tatuaje: «Acepta lo que es, olvida lo que fue y ten fe en lo que

será».

Vi cómo las gotas de agua se deslizaban desde su pecho hasta sus abdominales y supe sin lugar a dudas que sus días de llevar sudaderas holgadas habían quedado atrás. Siempre había pensado que era bastante mono cuando lo había visto en casa de Chelsea, pero estaba claro que esa definición había quedado desfasada: era el hombre más sexy que había visto nunca, y a mucha distancia de la competencia, incluido mi novio de ese momento.

—Hola, Harlow —saludó con voz profunda.

—Hola, ladrón. —Salí del trance.

—No te ofendas, pero pareces cansada…

—¿Quieres saber lo que no parezco? —Me crucé de brazos—. No parezco la clase de persona que compraría masturbadores masculinos o pastillas alargapenes o que pagaría por una suscripción para ver vídeos porno de gente haciéndolo al estilo perrito. —Enarcó una ceja—. Te conozco desde hace años y sé que estás desesperado porque eres virgen y solitario, pero el fraude con tarjeta de crédito es un delito grave. Hay consecuencias y repercusiones, y los cabrones que roban deben pagar por lo que han hecho. —Esbozó una sonrisa deslumbrante: los días de llevar aparato ya habían pasado a la historia—. Y ahora es cuando me dices cómo vas a devolverme el dinero. Estoy esperando. —Me miró fijamente durante varios segundos sin decir palabra—. ¿Tengo que repetírtelo? —pregunté—. Si no me respondes, no me va a quedar más remedio que contarles a tu hermana y a tu madre cómo has estado pasando tu interminable primer año. Entre tú y yo, dudo que les impresione que hayas decidido conseguir una doble licenciatura en Fraude y Masturbación…

—Harlow, no tengo ni idea de qué demonios estás hablando.

—¿Tengo que repetirlo?

—No. —Se acomodó la toalla y me esforcé por no mirar lo que escondía—. Para empezar, nunca he pagado por ver porno ni he comprado juguetes sexuales. Y ni mucho menos soy virgen… —Me puse como un tomate cuando me miró de arriba abajo—. Tampoco tengo ni idea de por qué piensas que he usado tu tarjeta de crédito.

—Porque le he pedido a alguien que rastree la ip. —Saqué el teléfono y le mostré el mensaje—. ¿Ves? Esta es tu dirección.

—La dirección del colegio mayor. Pero aquí viven como otros cien tíos más…

—¿Y saben todo el tiempo que llevas siendo novato?

—Cancela la tarjeta y mañana intentaré averiguar algo. —Esquivó mi pregunta, divertido—. Me llevo bien con el tío que trabaja en la sala de correos, así que tal vez descubra quién te está robando.

No dije nada.

Una parte de mí se sentía estúpida por haber hecho una suposición más o menos infundada y la otra estaba embelesada con sus labios carnosos y bien dibujados. ¿Desde cuándo tienes este aspecto?

—Creo que ahora es cuando te disculpas, Harlow —dijo con una sonrisa satisfecha—. Estoy esperando…

—Siento que tengas que convivir con alguien dispuesto a robarle a la mejor amiga de tu hermana. No alcanzo a imaginar lo mal que debes de sentirte al saber que hay un delincuente bajo tu techo.

—Creo que puedes hacerlo mejor…

—Siento que todavía estés en la universidad y que alguien buscara entre la gente que conoces y me robara los datos de la tarjeta.

—Tampoco. —Su sonrisa hizo que sintiera un cosquilleo en el estómago—. Inténtalo otra vez.

—Lo siento —cedí—. No debí hacer suposiciones sin más.

—También deberías haber llamado antes de venir. —Se apoyó en el marco—. ¿Y si tuviera compañía?

—¿La tienes?

—Depende —dijo, mirándome de un modo que me hizo sonrojarme—. ¿Te gustaría ver una serie conmigo? ¿Por los viejos tiempos?

Parpadeé. Hacía años que no veíamos nada juntos. Hubo una época en la que siempre podía contar con él para darnos un atracón de las series que Chelsea odiaba —las de terror, ciencia ficción o los documentales—, pero eso había sido cuando era yo la que estaba en la universidad y no me había atrevido aún a pensar en qué sentiría si me besara.

—Yo… —Di un paso atrás cuando se me pasó por la mente una imagen en la que me abalanzaba sobre ese pecho duro como una roca—. Tengo que irme a casa.

—Si te quedas, te pago la gasolina.

—En ese caso, como estoy en bancarrota, me quedaré a ver un par de episodios.

Soltó una risita y me hizo un gesto para que entrara.

Me sorprendió que la habitación, mucho más grande de lo que esperaba, estuviera limpia y ordenada; no parecía que viviera en ella un universitario.

La cama estaba junto a enorme ventanal y la pantalla gigante de televisión estaba colgada en la pared, custodiando una hilera de cajas cuidadosamente apiladas; en las estanterías no parecía haber libros de ficción, solo textos de Fisioterapia y Presoterapia.

Así que has vuelto a cambiar de especialidad…

—¿Sabes, Tyler? Dejar los estudios no es nada de lo que debas avergonzarte. Cuando la gente dice «Tómate todo el tiempo del mundo para encontrar lo que te apasiona antes de graduarte», no lo dice en serio.

—Veo que sigues siendo una sabelotodo…

—Solo digo —le di la espalda cuando entró en el baño para vestirse— que no tienes por qué malgastar treinta mil dólares al año en la matrícula si no vas a aprovecharla. Podrías montar tu propio negocio o algo así.

—A lo mejor ya lo he hecho —dijo. Me tendió una cerveza—. Presupones demasiado.

Me acerqué a una bonita cesta dorada que había en el alféizar de su ventana y me detuve al darme cuenta de que estaba repleta de condones talla xxl con doble acanalado para el placer de «ella».

—¿Tu negocio está relacionado con el sexo? —pregunté sin poder evitarlo.

—No, Harlow. —Se acercó a mi espalda—. Para nada. Y ya que hablamos de sexo…, ¿quieres llevarte uno de esos a casa para follar con un plátano? Eso era lo que Chelsea y tú solíais hacer durante algunas de vuestras fiestas de pijamas, ¿verdad?

—Vale, mira. —Me giré, con los ojos entrecerrados—. Teníamos diecisiete años y fue algo que probamos una vez porque lo oímos en la radio. Y se suponía que tú estabas durmiendo.

—Pero no lo estaba. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. Y, por supuesto, solo te miraba a ti.

—Bueno, espero que aprendieras algo.

—Lo aprendí todo sobre lo que no hay que hacer.

—Vale. Creo que ya no quiero ver esa serie contigo —repliqué, sintiéndome insultada—. No parece que fuera por eso por lo que querías que entrara en tu habitación.

—Por supuesto que no. —Me besó por sorpresa y me dejó sin habla al instante.

Pero qué…

Dejé caer la cerveza al suelo, ignorando las salpicaduras que me mancharon los zapatos, y le eché los brazos al cuello. Él me miró fijamente a los ojos mientras me pasaba la lengua por el labio inferior, exigiéndome en silencio que abriera la boca para él; obedecí encantada y dejó un reguero de besos suaves sobre mis labios antes de deslizar su lengua contra la mía.

Me inmovilizó con las caderas contra el escritorio y me acarició los costados, excitándome sin esfuerzo. Cuando me besó con más fuerza, más profundamente, sentí el anhelo y el deseo reprimidos, y quise que se no se detuviera nunca.

—Joder… —Carraspeé.

Susurró mi nombre, deslizó la mano por la parte trasera de mi camisa, toqueteó el cierre del sujetador con el pulgar y… recobré el sentido común.

¡Dios mío, estoy besando a Tyler! ¡Al hermano pequeño de Chelsea! ¡A Tyler!

Dejé de besarlo al instante y me aparté del escritorio.

—¿Qué leches estás haciendo? —Jadeé—. Quiero decir… A ver, sé lo que estás haciendo, pero tengo novio, Tyler.

—Soy muy consciente de ello.

—Se llama Dave y llevamos juntos bastante tiempo.

—También soy consciente de ello. —Parecía a punto de volver a estrecharme entre sus brazos para besarme de nuevo. Y de haber sido otras las circunstancias, me habría gustado que lo hubiera hecho.

—Bueno, yo… —Intenté apartar la mirada de él, pero no fui capaz—. Debería irme a casa. Ahí tengo mi propia tele. Y Netflix. —Me miró como si le hubiera hablado en un idioma extranjero. Como no quería que el momento fuera aún más incómodo, pasé por encima de la lata de cerveza vacía para ir hacia la puerta. Él me siguió y me la abrió—. ¿Podemos acordar que esto no ha pasado? Es que jamás traspasaría los límites contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro.

—Lo digo en serio —insistí con tono firme—. Eres muy atractivo, y seguro que te siguen gustando los mismos programas de televisión que a mí, pero…

—¿Pero qué?

—Eres demasiado joven para mí, Tyler. Entre otras cosas.

Me alejé antes de que pudiera decir nada más. A cada paso me tocaba los labios hinchados con asombro absoluto. Ningún otro hombre me había besado así.

—¿Harlow? —me llamó cuando estaba llegando al ascensor.

—¿Sí? —Miré por encima del hombro.

—Me olvidaba del dinero de la gasolina —dijo acercándose a mí. Me tendió un billete de veinte dólares, pero no me dio la oportunidad de cogerlo: lo dobló lentamente y lo metió en el bolsillo delantero de mis pantalones

—Me prometes que vas a olvidar todo esto y a no volver a pensar en ello jamás, ¿verdad? —pregunté.

—Por supuesto. —Pulsó el botón del ascensor—. Esto no ha pasado.

3

¿Y si…?

Unos meses más tarde…

Tyler

Claro que pasó…

Jamás olvidaba nada que tuviera que ver con Harlow. El recuerdo de sus labios sobre los míos seguía reproduciéndose en mi mente noche sí y noche también. Iba a seguir rememorando durante mucho tiempo cómo había reaccionado a mis caricias, cómo se había dejado llevar…

Y estoy seguro de que estaba empapada…

Me había sentido atraído por ella desde que mi hermana nos había presentado en un partido de béisbol del instituto: era sarcástica, inteligente, resultaba muy fácil hablar con ella y solo me llevaba seis años y medio, pero se comportaba como si fueran veinte.

Era la mujer más guapa que había visto en mi puñetera vida, con ese pelo negro como ala de cuervo, tan largo que acariciaba sus pechos de copa D, y esas curvas impresionantes que no podía dejar de mirar. Inconscientemente, comparaba a todas las mujeres con ella, y eso hacía que mis relaciones se resintieran.

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Me levanté de la silla y me acerqué a la puerta. Eché un vistazo por la mirilla y contuve un suspiro: era Chelsea y, a juzgar por la botella de champán que llevaba en la mano y por su expresión alegre, tenía pensado celebrar algo.

Me di media vuelta, fui hasta la mesa y metí en una caja mis contratos comerciales recientes. Aún no le había dicho a nadie que me había pasado un montón de tiempo levantando una empresa de masajes terapéuticos. Me había llevado una eternidad —y sí, había vivido en la residencia para guardar las apariencias por si las cosas no funcionaban—, pero el negocio tenía mucho más éxito del que habría llegado a soñar, y planeaba revelarlo todo a finales de diciembre, cuando mis ganancias anuales por fin hubieran alcanzado las seis cifras.

Tras asegurarme de que los logotipos y los manuales habían quedado fuera de la vista, regresé a la puerta.

—¡Dios mío, sigues vivo! —Chelsea me dio un breve abrazo—. No me creo que por fin me hayas abierto la puerta.

—Deberías llamar antes de venir, Chelsea.

—¿Para qué? —Se encogió de hombros—. Si nunca contestas al teléfono… —Bien visto…

Movió las manos de arriba abajo, asintiendo—. Por fin te preocupas por tu aspecto. Estoy impresionada.

—Llevas unas mallas de Bob Esponja y zapatillas de lana —me burlé—. Yo sí que no estoy impresionado.

—Qué gracioso… —Puso los ojos en blanco—. De todos modos, no voy a robarte mucho tiempo. Solo he venido a compartir una noticia alucinante. ¿Quieres adivinarla ya o más tarde?

Más bien nunca.

—Más tarde.

—Genial, pues te lo cuento ahora mismo. —Se le iluminó la mirada—. ¡Me voy a casar!

—Espera. ¿Otra vez? —Parpadeé, haciendo cálculos.

—«Otra vez» no es la respuesta adecuada para un acontecimiento único en la vida.

—¿Ya se ha secado la tinta de los papeles del divorcio? —pregunté—. Acabo de comprarle a Ryan por Navidad unas cosas para jugar al golf porque pensé que seguiríais juntos.

—Tyler…

—Con este van cuatro matrimonios en cinco años, Chelsea. Puedes salir con alguien a largo plazo sin tener que casarte, en serio.

—Estoy enamorada, Tyler. —Me fulminó con la mirada—. Se supone que debes alegrarte por mí. Además, vamos a esperar año y medio antes de celebrar la boda, ¿vale?

—Vale. —Reprimí una carcajada—. Felicidades, Chelsea.

—¡Muchas gracias! —chilló, como si no hubiera llegado a pronunciar las palabras anteriores—. El caso es que, como sabes, aunque Chad es un triunfador…, de hecho, es el tío más exitoso con el que me he casado…, es una persona muy reservada y tiene muy pocos amigos.

No sé una mierda sobre ese tío.

—Bueno…

—Chad iba a llamarte para pedírtelo él mismo, pero voy a adelantarme: quiere que el hombre que más me importa, es decir, tú, sea su padrino.

—Mmm. Déjame pensarlo un segundo… —Sacudí la cabeza—. Ni de coña, Chelsea.

—¿Qué?

—Que no. Iré a la boda cuando sea, pero esta vez no voy a participar.

—No has participado en las tres últimas. —Chelsea había convertido su mirada acusadora en un arte—. Esta vez es la última vez, lo juro. Pregúntale a Harlow: por fin he dado con mi media naranja.

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. Todos los hombres anteriores habían sido su media naranja. Para mi hermana las relaciones eran como una partida de póquer: se retiraba si creía que había la más mínima posibilidad de perder, y esperaba a que el crupier repartiera de nuevo.

—He dicho que no —dije con tono firme—. Pero puedes mandarme la invitación a mi nueva casa, en Portland. El sábado firmo los papeles.

—¿Cómo tienes el dinero para firmar algo que no sea un nuevo préstamo estudiantil? —preguntó —. Espera, no me lo digas. Prefiero no saber nada por si los federales me preguntan.

—Tomo nota.

—Espera un segundo… Si vas a pasar el sábado en Portland, ¿no vas a estar en Seattle para la fiesta de compromiso de Harlow y Dave?

—¿La qué?

—La fiesta de compromiso. ¿No te ha mandado la invitación?

—No.

—Ay, espera… —Rebuscó en su bolso y me tendió un sobre de color marfil—. Lo siento. Hace semanas que la tengo.

—Gracias —respondí, sin hacer ningún ademán de abrirlo.

—No te preocupes, no cometeré el mismo error con su boda. Me aseguraré de que te llegue una de las primeras invitaciones.

—Por favor, no —murmuré, sintiendo una punzada horrible en el pecho.

Y tampoco pienso ir a esa mierda…

4

La invitación

Tyler

«Tenemos el placer de invitarle a la boda de Harlow McGuire y Dave Stone.

La ceremonia comenzará a las 15:00 horas y a continuación tendrán lugar la recepción y el cóctel.

La Fundición. 4130, First Avenue, Seattle, WA 98134

Se ruega confirmación».

5

Scandal

Un año después…

Harlow

Después de sobrevivir a mi primer año de «juntos para siempre» con mi novio de la universidad, podía decir sin miedo a equivocarme que había practicado más sexo con Brad Pitt que con él.

En algún momento entre nuestro compromiso y la luna de miel —quizás mientras él se convertía en un importante ejecutivo y yo abría una galería de arte—, nuestra vida sexual se había esfumado.

No le gustaba que nos dijéramos guarradas, y su versión de «uno rapidito» era masturbarme antes de desayunar o que yo le diera un largo beso al salir por la puerta.

Brad no me rechazaba si quería un echar polvo rápido en la ducha después del brunch dominical; siempre estaba dispuesto a todo, y le daba igual que usara mi vibrador o que de vez en cuando rememorara el beso prohibido con otro hombre en un dormitorio universitario; un beso que aún me hacía mojar las bragas solo con recordarlo.

Pero Dave siempre estaba demasiado ocupado para el sexo; demasiado ocupado para mí.

Habían pasado seis meses desde la última vez que me había tocado, y yo había aprendido a conformarme, pero una noche como esa, en la que íbamos a celebrar nuestro aniversario y a besarnos delante de nuestra familia y nuestros amigos, llegaba tarde. Como siempre.

—¡Qué cantidad de gente! —Chelsea me tendió una copa de champán—. Ojalá asistieran tantos a mis fiestas de aniversario.

—No te ofendas, Chelsea, pero para eso tendrías que aguantar un año casada —repliqué.

—No me ofendo. Esta vez estoy decidida a que mi matrimonio con Chad dure al menos dos años. Tres, con suerte. —Solté una carcajada—. Si Dave y tú no echáis un polvazo esta noche, que sepas que Chad y yo estamos más que dispuestos a ocupar su lugar y a ayudarte a cumplir

todas tus fantasías.

—Por cosas como esta por las que todo el mundo piensa que estamos un poco demasiado unidas, Chelsea.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Me reí, y ella apuró su copa de un trago.

—Pues que les den. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres que te ayude a limpiar la galería cuando esto termine?

—Por favor.

—Siento interrumpirla, señorita Harlow. —Era una de las azafatas—. Su marido acaba de llamar desde una cabina telefónica.

—¿Eh?

—El tren desde Tacoma llega con retraso y quería que supiera que iba a llegar más tarde de lo esperado. Ah, y al parecer alguien le ha robado el teléfono, así que quiere que le compre uno nuevo mañana por la mañana.

Miré el reloj.

—*Dile al del catering que espere para servir la tarta.*

—De acuerdo —dijo, y se fue.

La excusa de Dave me provocaba cierta suspicacia: aunque el tren de Tacoma llegara con retraso, había un montón de maneras de llegar a la fiesta lo antes posible; un montón de maneras que ya había usado en otras ocasiones: una limusina, un Uber, un autobús…

Ni siquiera sabía que aún existieran las cabinas de teléfono.

—Discúlpame un momento, Chelsea. Enseguida vuelvo.

Me abrí paso entre la multitud, parándome y sonriendo cada vez que alguien me preguntaba cómo estaba, hasta que llegué a mi despacho en la galería.

Saqué el móvil del cajón y busqué el contacto de Dave. El teléfono sonó una vez, dos, tres… Y era como si estuviera cerca.

Confundida, fui hasta mi abrigo y vi una luz azul que parpadeaba dentro del bolsillo derecho. Colgué y lo saqué.

Debo de haberlo cogido por error esta tarde.

Iba a dejarlo en su sitio cuando sonó la alarma que anunciaba un mensaje entrante, así que

desbloqueé el móvil y abrí la aplicación.

555-768-2143:

Todavía estoy empapada por lo de ayer. ¿Vas a venir hoy?

Me quedé mirando el mensaje durante varios segundos. Como no quería sacar conclusiones precipitadas, comprobé que no había más mensajes en ese hilo. Solté un suspiro y decidí responder a la desconocida cachonda.

Teléfono de Dave: Lo siento, se ha equivocado de número.

Solo tardó unos segundos en responder.

555-768-2143: Me encanta que no hayas añadido «No vuelvas a escribirme». Ja, ja, ja. Muy astuto. Y perfectamente creíble si alguna vez «ella» lo ve. ¿Qué haces? Borra todos mis mensajes y respóndeme en Calc.

Se me erizó el vello de la nuca. El corazón me suplicaba que no siguiera husmeando, pero la lógica se negaba a dejarme retroceder.

¿Qué puñetas es «Calc»?

Cerré la bandeja de entrada y volví a la pantalla de inicio. La única aplicación que apareció al teclear «Calc» fue una calculadora, pero, al abrirla, vi que la aplicación no era algo destinado a ayudarte con las matemáticas, sino un sistema de mensajería plagado de hilos entre Dave y la mujer «empapada», que se llamaba Heather Wren y tenía una relación con Dave desde hacía más de seis putos meses.

Como no quería que nadie me molestara mientras leía el resto, me puse la chaqueta, salí al callejón y me apoyé contra la pared.

Heather Wren: Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Detesto que otra te haya encontrado primero. ¿Sigues pensando que estamos destinados a estar juntos?

Pero qué cojones…

No me atreví a contestarle. En su lugar, hice clic en un hilo anterior.

Dave: Adoro tener tu sabor en mi boca.

Heather Wren: Ojalá fuera la única a la que saboreas.

Dave: Si sirve de algo, prefiero tu sabor.

Se me cayó el alma a los pies. No podía soportar más esa conversación, así que abrí otra para torturarme un poco más.

Dave: En cuanto celebre el primer aniversario con Harlow no vamos a poder vernos tanto. Me ha dicho que quiere tener un hijo, así que tú y yo tendremos que usar condones.

Heather Wren: No me gustan los condones, pero por ti los aguantaré. ¿Tú quieres tener un hijo?

Dave: Ya no sé ni lo que quiero.

Heather Wren: Creo que quieres estar con alguien a quien ames, no con alguien que solo tiene el título de «novia de la universidad». Yo no quiero tener hijos jamás.

Dave: Recuérdame que esta noche te dé un beso en los labios.

Heather Wren: Solo si es en los inferiores…

Dave: Ja, ja, ja. ¿En qué otro sitio iba a ser?

Abrí otro hilo.

Heather Wren: ¿Este domingo es la fiesta del aniversario de la galería?

Dave: Sí.

Heather Wren: ¿Podemos vernos?

Dave: Sí, pero solo un par de horas.

Heather Wren: Ya estoy aquí. Abre la puerta.

Furiosa como nunca, leí todos los hilos, hasta los que me dieron ganas de ponerme a gritar. No tenía ni idea de cómo se habían conocido ni cuándo, pero algo me decía que en «Calc» solo estaba la última parte del asunto.

¿Me ha sido fiel alguna vez?

Cuando acabé de leerlo todo, dudé antes de pulsar en el signo «más», donde estaban las imágenes.

Hazlo…

Como una perfecta masoquista, miré primero las fotos que él le había enviado a ella. Fotos de su pene en la ducha, otras sonriendo mientras cocinaba y algunas de sus viajes de negocios que también me había enviado a mí. Por último, había una de él lanzándole un beso en mi galería, mientras yo estaba de espaldas.

El repentino sonido de la puerta del callejón al abrirse no fue suficiente para hacerme apartar la mirada.

Le había enviado un montón de fotos eróticas, pero cuando yo se las pedía me decía que ese no era su rollo.

Mi asistente principal, Ashley, se aclaró la garganta y sacudió una mano delante de mi cara.

—*¿Señorita Harlow? El del catering quiere que les eche un vistazo a las tartas de trufa antes de servirlas.*

—¿Puede encargarse usted, por favor? —A mí me hervía la sangre, y solo podía pensar en el asesinato en primer grado.

—Claro. ¿Necesita alguna cosa más?

—Sí. —Encontré unas fotos de ella posando en mi cocina, con los pechos cubiertos de nata montada colocada artísticamente—. Dígale a Chelsea que esconda las llaves de mi casa y que me lleve a la suya en los cinco próximos minutos.

—Creo que ha salido a tomar un café.

—Cuatro minutos y medio. —Me topé con una imagen de la amante de mi marido vestida con mi albornoz favorito—. O esta noche va a ser testigo de cómo cometo un doble homicidio.

—Voy ahora mismo a buscarla. —Se fue a toda prisa.

Reenvié todas las fotos y los mensajes a mi teléfono. Me moría de ganas de enviárselos también a los compañeros y empleados de Dave, pero me contuve. No hacía falta… aún. Tampoco quería explicaciones ni disculpas, ni quería escuchar cómo lo negaba ni me apetecía intentar arreglar las cosas con quien me había hecho polvo tan alegremente.

Pensaba pedir el divorcio a la mañana siguiente y ya.

Siempre y cuando Chelsea me impida matarlos.

6

The Good Wife

Tyler

«Nos complace invitarle al mercadillo que va a llevar a cabo Harlow McGuire.

Cada traje, cada par de zapatos y cada dispositivo cuestan veinticinco dólares. Se atenderá por estricto orden de llegada, y lo que no se venda se quemará.

Escala, 1920, 4ª Avenida

Seattle, Washington, 98101».

Releí las palabras de la invitación de Harlow y llamé inmediatamente a Chelsea.

—Si llamas para decir algo que no sea «He cambiado de opinión sobre lo de ir a tu boda», ya puedes colgar.

—He cambiado de opinión sobre lo de ir a tu boda.

—¡¿Qué?! —exclamó—. ¿Lo dices en serio?

—La verdad es que no, Chelsea. Pero lo haré por ti una última vez. Estoy a punto de coger un vuelo por motivos de trabajo, pero antes quería saber cómo está Harlow. ¿Lo lleva bien?

—Sí y no. Es un manojo de nervios y necesita echar un polvo desesperadamente. —Soltó una carcajada—. No he dicho eso, que quede claro.

Me alegro de que lo hayas hecho.

—¿Puedes darle mi nuevo número y decirle que me llame cuando le vaya bien? La semana que viene, por ejemplo.

—Claro. ¿Quieres reconfortarla personalmente?

—Algo parecido.

—¡Qué majo! —La sonrisa era evidente en su tono—. Muchas gracias por venir a mi boda, Tyler.

—De nada.

7

Single Ladies

Harlow

Me aovillé en el sofá de Chelsea, tratando de ignorar los fuertes gemidos y el sonido de las palmadas en el culo que venían de su dormitorio.

Nota mental: debí pelearme más con Dave para quedarme con el apartamento.

Encendí la televisión, subí el volumen al máximo y cambié de canal.

Un vídeo de una hermosa playa de arena blanca con ondulantes olas azules me hizo detenerme en un canal de viajes.

—Hola, Apoltronado —dijo un hombre vestido con una americana blanca y pantalones caqui—. ¿Te sientes solo? ¿Abandonado? ¿Rechazado? ¿Te revuelcas en la autocompasión? ¿Todo eso? —Estuve a punto de tirarle un cojín a la cabeza, porque me estaba describiendo y no me gustaba ni un poquito—. Si te sientes identificado, y estoy convencido de que así es, ya va siendo hora de que huyas de tu lamentable existencia sin sexo y vengas a Paraíso Infinito. —La pantalla mostró una amplia vista aérea de grandes palmeras, piscinas de un azul resplandeciente y elegantes hamacas blancas situadas al borde del mar con sus toldos meciéndose con la suave brisa—. Ha llegado el momento de venir a un lugar en el que podrás conocer a gente nueva —dijo el hombre; en la tele apareció una hipnótica toma de una cascada salvaje. Unos instantes después, vi un montón de hombres muy sexis y mujeres guapísimas con bikini que retozaban en la arena—. Te mereces disfrutar de una semana en la que tengas todos tus caprichos al alcance de la mano. No admitimos parejas, esto es solo para solteros. Coge ahora mismo la tarjeta de crédito para aprovechar esta oferta exclusiva para la televisión. Encuentra a tus nuevos amigos en Paraíso Infinito: una aventura muy húmeda.

Siguió hablando, tentándome con imágenes de lo más convincentes, pero no creía que un complejo turístico para solteros fuera lo mío; o, al menos, todavía no. Lo que de verdad debía hacer era…

—Aaah, ¡joder! —exclamó Chelsea en habitación, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos —. ¡Sí! ¡Sí, papi! Fóllameee!

Cogí el móvil y reservé para el día siguiente.

8

Legítima defensa

La tarde siguiente…

Harlow

—He metido cinco cajas de condones en tu maleta. —Chelsea tomó el desvío con el jeep hacia el carril de salida—. Por si acaso encuentras a un tío con el que no puedas parar de follar.

—Por enésima vez: no voy ahí para follar.

—De ahí la expresión «Por si acaso». Ah, y Tyler quiere que lo llames la semana que viene. Ya te lo recordaré a tu regreso.

—¿Y para qué quiere que lo llame?

—Creo que quiere saber cómo estás. Seguro que intenta animarte con un atracón de Netflix o algo así. —Aparcó y se encogió de hombros—. De todos modos, tengo algo superimportante que contarte antes de que me dejes. ¿Puedo confiar en ti?

—Pues claro. Puedes contarme lo que sea.

—Vale, bueno… —Dejó escapar un suspiro, y me preparé para escuchar algo grave. Me puso la mano en el hombro—. Durante las últimas semanas Chad y yo hemos experimentado con la lluvia dorada y ha sido increíble.

—¿Qué?

—Lluvia dorada —sonrió—. Ya sabes, que te orinen encima.

—¿Sabes qué? Me lo he pensado mejor: no puedes contármelo todo.

—¿Y a quién se lo voy a contar si no?

—A tu diario. Es la clase de mierda que escribes en secreto y que nadie va a leer jamás. Ahora, para volver a la normalidad, ¿te apetece un café antes de que pase por el control de equipajes?

—Al principio pensé que sería asqueroso —continuó sin prestar atención al cambio de tema—. Le pregunté: «¿De verdad crees que orinarme encima es sexy? ¿Por eso tomas tanto café últimamente?».

—Vaya… Mira, he cambiado de opinión sobre lo del café. —Me desabroché el cinturón—. Me voy.

—Cuando cedí y sentí su chorro caliente recorriéndome… —Ignoró mi interrupción—. Me sentí mucho más cerca de él, como si hubiéramos conectado a otro nivel. Me abrió los ojos a todo un mundo nuevo de posibilidades sexuales.

—Chelsea, por favor… —Intenté abrir la puerta, pero no pude—. ¿Tienes puesto el seguro para niños?

—Es una fuente de poder para él, una forma de someterme, de decir sin palabras que puede hacer cualquier cosa con mi cuerpo y yo se lo permitiré.

—No me obligues a salir por la ventanilla.

—Solo intento compartir una experiencia con mi mejor amiga. —Sonrió—. Intento explicarte que he probado algo tabú y que, a partir de ahora, no pienso rechazar un fetiche sin intentarlo antes. Me encanta, en serio, sobre todo como lo ha hecho esta mañana.

—No puedo enfatizar lo suficiente lo mucho que no quiero saberlo. —Miré las botellas de agua de cinco litros que había dejado en el asiento trasero. El otro día estuve a punto de preguntarle para qué eran, pero en ese momento lo veía clarísimo—. ¿Ya se ha acabado la hora de las confesiones? ¿Puedo ignorar ya que mi mejor amiga es un retrete con patas?

—Vale. —Soltó una risita y salió por fin del coche. Fue hasta el maletero y me ayudó a sacar el equipaje—. ¿Cómo se llama el complejo?

—Paraíso Infinito. —Le eché un vistazo a la confirmación de la reserva—. Está en los Cayos de Florida, creo. Fue una acción impulsiva.

—Ah. —Parpadeó un par de veces y sonrió—. Bueno, vale. Pues llámame cuando llegues para decirme qué te parece.

—¿Tú ya has estado?

Su expresión lo decía todo, pero no contestó.

—Que tengas un viaje maravilloso, Harlow. Te lo mereces. Ya me darás las gracias en otro momento por lo de los condones…

Tras pasar el control de seguridad, descubrí dos cosas. Una: el vuelo que había reservado era a través de una aerolínea privada y me daba derecho a «una copa de champán helado» en cuanto

firmara una gruesa pila de formularios de no divulgación y confidencialidad; y dos: debido a la falta de información sobre Paraíso Infinito en internet, o me dirigía al lugar más increíble del planeta o estaba a punto de vivir el nuevo Festival Fyre, ese concierto fraudulento y caótico organizado por influencers en el que la comida gourmet eran unos sándwiches de supermercado y las villas de lujo, tiendas de campaña cutres.

—Sígame, señorita McGuire. —Un hombre de traje gris me dio una toallita húmeda cuando firmé el último formulario—. Es la última pasajera del manifiesto de vuelo.

Me acompañó a las escaleras de un Gulfstream G700 con interiores de cuero blanco y madera. Solo había otros tres pasajeros a bordo, y todos estaban bebiendo champán.

Tomé asiento junto a un tipo vestido de azul y saqué un libro que llevaba en el equipaje de mano.

—Auxiliares de vuelo, por favor, preparen la cabina para el despegue. —La voz ronca del piloto sonó por los altavoces—. Por favor, asegúrense de que nuestros invitados estén cómodos antes de iniciar el viaje.

Esperé a que nos diera la previsión del tiempo y confirmara el destino, las cosas típicas que dicen todos los pilotos, pero no añadió ni una palabra más. Las puertas se cerraron y el avión se deslizó con suavidad por la pista.

—Eres la mujer más sexy que he visto nunca —susurró el tipo que estaba a mi lado—. Me muero por ver lo que hay debajo de ese vestido si vienes a alguna fiesta en la playa.

—¿Qué?

—Ah, claro. —Me guiñó un ojo—. Esperaré hasta que lleguemos para ver qué pulsera eliges. Perdona.

Sabía que debería haberme sentado junto a la mujer de la ventanilla. Ignoré su comentario y le hice señas a una azafata.

—¿Sí, señorita McGuire? —preguntó, sonriente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Sabe algo del lugar al que vamos?

—No tanto como usted, estoy segura. —Me guiñó un ojo—. ¿Quiere más champán?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Vamos al complejo Paraíso Infinito, ¿verdad?

—Bueno, así es como tienen que llamarlo públicamente a efectos legales. —No parecía creerse que yo fuera tan ingenua, pero, aun así, sacó una carpeta negra de un armario y me la tendió—. Avíseme a mí si necesita algo más. Soy muy celosa.

Confundida, abrí la carpeta de inmediato.

«Querida pasajera:

Gracias por elegir Paraíso infinito.

Ahora que está en el aire y libre de la mirada reprobadora el mundo, queremos darle la bienvenida al Nirvana.

Por décimo año consecutivo, nuestro complejo turístico privado de primera categoría ha sido elegido el mejor del país. Nuestro personal está entregado a hacer de su estancia una experiencia lo más placentera posible.

Lo que pasa aquí se queda aquí. No hay fantasías que se prohíban, no hay deseos inadecuados. Los orgasmos están garantizados.

Disfrute de la humedad…».

Se me desencajó la mandíbula.

Pero qué cojones…

9

Yo nunca…

Harlow

—¿No quiere un pase para las fiestas de «todo vale», una pulsera para poder ir a las playas nudistas o una entrada para las citas a ciegas? —El encargado de las actividades ladeó la cabeza —. Entonces, ¿por qué leches ha venido?

—Porque me dejé seducir por la publicidad engañosa. —Bajé la voz—. No tenía ni idea de que esto era un lugar para celebrar orgías.

—Es un centro turístico sexual, señorita McGuire.

—Ahora mismo hay cinco personas follando a la entrada de mi suite. Eso es una orgía.

—Pues quizá debería unirse a ellas. —Sonrió—. A ver si se relaja.

—Hablo en serio. En el anuncio decían que tendría todos mis caprichos al alcance de la mano, y pensé que… —Me interrumpí al recordar el tono sensual del presentador—. Era un eufemismo para hablar de sexo, ¿no? —El encargado asintió, divertido—. Vale, gracias de todos modos. —Le devolví el programa del día—. ¿Hay disponible alguna actividad que no sea sexual?

—Claro. —Me tendió un pequeño folleto rosa—. Las actividades para abuelitas tienen lugar en el otro extremo del complejo. Le garantizo que no se excitará en absoluto mientras recorta cupones o bucea.

Puse los ojos en blanco y me senté en un banco para ver qué opciones tenía disponibles.

«-Hacer punto: coge lana y teje unos calcetines en la playa. Echa un vistazo a nuestros magníficos patrones.

-Bridge: juega a las cartas bajo el sol. Tenemos muchas barajas y juegos de

uno

.

-Lectura de revistas: pide un ejemplar en recepción.

time

, Wildlife Forever, Travel and Leisure».

Cuando estaba hojeando las inacabables páginas de manualidades un papel plateado cayó al suelo, y, al cogerlo, encontré un servicio que no aparecía en ninguno de los programas del complejo que había visto hasta ese momento.

«Reserva un masaje con final feliz: de cuerpo entero, con aceite templado, piedras, presoterapia y alineación».

Mi cuerpo se tensó solo de pensarlo, a la expectativa, y le di la vuelta al papel.

«¿Hace tiempo que no te tocan, te dan masajes o te acarician? ¿Quieres sentir las delicadas manos de un profesional? Solo dinos lo que deseas y uno de nuestros técnicos expertos te llevará al éxtasis.

(Pregunta por este servicio a Chris, de recepción)».

Una vez en el mostrador de recepción carraspeé para llamar la atención del encargado.

—¿Sí, señorita McGuire? —preguntó—. ¿Quiere que le traiga una galleta antes de que se vaya a hacer ganchillo?

—Para nada. ¿Se llama Chris?

—Así es. —Sonrió y señaló la chapa con su nombre—. ¿Por qué lo pregunta?

Deslicé el papel hacia él.

—Me gustaría reservar uno de estos.

—Mierda, no me había dado cuenta de que esto estaba aquí. —Miró a su alrededor como si alguien estuviera espiándonos e hizo una bola con el papel—. ¿Le gustaría un técnico masculino o uno femenino?

—Masculino.

—¿Cómo quiere alcanzar el orgasmo?

—Mmm. Quiero llegar hasta el final.

—No, no, no. —Bajó la voz—. ¿Quiere que solo use las manos o quiere ir más lejos?

—¿Se refiere a follar?

—Sí, a eso. —Señaló con la cabeza hacia su izquierda—. Como puede ver, aquí no es algo fuera de lo común.

Tragué saliva y miré hacia la esquina del vestíbulo, donde una mujer pelirroja le practicaba sexo oral a un hombre que la agarraba del pelo; una rubia estaba sentada en el sofá de al lado con las piernas abiertas, tocándose mientras miraba.

Hacía tanto tiempo que no practicaba sexo que había olvidado lo mucho que necesitaba que me tocaran, aunque solo fuera unos segundos. Incluso aunque fuera en un lugar como ese, donde cualquiera podía mirar.

Chris se aclaró la garganta.

—¿Señorita McGuire?

—Lo siento. —Me volví hacia él—. Pues… creo que, para empezar, solo con los dedos. Pero puedo cambiar de opinión más tarde, ¿no?

—Por supuesto —dijo, y susurró—: Entre usted y yo…, a pesar de que este es un centro turístico sexual, se supone que los masajes solo son eso: masajes. Mi jefe no sabe nada de esto, así que, por favor, no lo mencione en la encuesta final de satisfacción, ¿de acuerdo?

—Mmm, vale.

—Bien. El masaje se cargará en la cuenta de su habitación, pero tiene que darme un anticipo de doscientos dólares en efectivo ahora mismo para el técnico.

Algo me decía que me lo pensara mejor, pero lo que prometía ese folleto sonaba demasiado tentador, así que saqué dos billetes de cien dólares del bolso.

—No lo mencionaré.

—Perfecto —dijo, y me tendió una hoja en blanco—. Haga constar cuáles son sus límites, describa con toda la exactitud posible lo que desea y preséntese en el balneario esta tarde a las siete.

10

La isla de las tentaciones

Harlow

Esa tarde inspiré hondo varias veces antes de entrar en la enorme villa que albergaba el balneario, recién duchada y vestida con un albornoz blanco.

Relájate, Harlow. Relájate.

—Por favor, acompáñeme, señorita McGuire. —Una mujer me hizo señas para que la siguiera por un pasillo hasta llegar a una pequeña sala pintada de beis—. Cuando esté lista, quítese el albornoz y túmbese sobre la camilla. Asegúrese de llevar puesto el antifaz y de echarse la sábana por encima. El técnico llamará antes de entrar.

—Espere. —No quería que me dejara sola todavía—. ¿Pedir algo así me hace parecer desesperada?

—Todos los huéspedes de este complejo están desesperados. —Sonrió—. De eso se trata. ¿Alguna otra pregunta?

Asentí.

—Una más. Esto es cien por cien legal, ¿no? No va a irrumpir el fbi en medio del masaje gritando algo sobre conducta indecorosa o sexo a cambio de dinero, ¿verdad? —Me miró, confundida—. Solo quiero asegurarme de que lo que he pedido no traspasa ningún límite ético.

Miró el portapapeles que llevaba en la mano.

—Tiene casi treinta años y ha dado su consentimiento para un masaje corporal completo con aceite, agua y piedras calientes —leyó—. Según lo que consta en su solicitud, quiere que el técnico «haga que me corra con los dedos y, si es posible, con la lengua; que me bese en los labios superiores e inferiores y que no me haga sentir culpable si me corro en su boca porque tiendo a mojarme mucho cuando estoy excitada y…».

—Vale, vale —la interrumpí—. Sé lo que he escrito.

—Pues debería tumbarse en esa camilla cuanto antes. —Me miró con simpatía—. Necesita

relajarse más que nadie.

Se fue sin decir nada más.

Dejé escapar un suspiro, me quité la bata y la dejé sobre el sofá; me puse el antifaz de seda negra, me tumbé boca abajo en la camilla y reposé la cabeza sobre la almohada de plumas, inhalando su suave aroma a vainilla.

Minutos después, las luces se atenuaron y el sonido de la lluvia inundó la estancia, acompañado del relajante aroma del eucalipto y la lavanda.

La puerta chirrió al abrirse a mis espaldas y me tensé, anticipando el primer contacto del técnico.

—Hola —dije, pero no me respondió.

Sin apartar la sábana ni presentarse, me acarició la columna con la punta de los dedos.

Deslizó una mano cálida sobre mi cuello y me pasó los dedos por el pelo durante unos instantes; luego se tomó unos segundos para recogérmelo en un moño suelto.

Me relajé mientras me acariciaba los costados a través de la sábana, ordenándome en silencio que me relajara.

—Shaaaa… Shaaaa… —El vapor caliente se filtró en la sala; él me bajó la sábana hasta llegar a la curva de mi trasero y, después, hasta los tobillos; quedé expuesta y desnuda ante su mirada.

Lo siguiente que sentí fueron unas gotas cálidas que se deslizaron por mi columna.

—Aaah… —Suspiré cuando sus manos extendieron el aceite por mi piel y me masajearon los músculos como si los amasara.

Deslizó los dedos entre mis piernas y me masajeó lenta y suavemente el interior de los muslos. Las yemas de sus dedos se acercaban cada vez más a mi sexo, pero cuando se aproximaba demasiado regresaba a los muslos.

Me mordí la lengua para que no me oyera gemir, pero las manos de ese hombre conseguían la presión perfecta para ser placenteras, y apenas conseguía contenerme.

Como si le gustara mi reacción, deslizó el pulgar contra mi clítoris empapado, provocándome lentamente con un ritmo inigualable. Justo cuando me estaba adaptando a esa caricia, me dio un beso entre las piernas.

—¡Joder! —gemí, y él soltó una risita baja que me excitó aún más. Una risita baja que me sonó muy familiar.

¿Por qué tengo la sensación de que la he oído antes?

Deslizó dos dedos dentro de mí, gimió y a mí se me aceleró la respiración. Los llevó un poco más adentro hasta alcanzar el punto perfecto, y yo levanté las caderas de la camilla.

Sin previo aviso, hizo que me tumbara boca arriba y me besó en el cuello; descendió hasta mis pechos y me acarició los pezones antes de dejar un reguero de besos suaves sobre mi piel.

—Más, por favor… —jadeé, y en un segundo su cálida boca estaba sobre la mía. Se hizo con el control al instante y yo me derretí en sus brazos, recordando la primera y la última vez que me habían besado así, la última vez que me había sentido dominada, la última vez que me habían devorado…

Tyler.

Encandilada, fantaseé con que él era el técnico que me besaba, que estábamos en su dormitorio, como hacía años, y que me importaban un bledo mi novio o mi mejor amiga. Egoístamente, traspasé los límites y lo llevé conmigo.

Esa vez, cuando deslizó su mano contra mi cuerpo supe que quería follar conmigo, y no me atreví a decirle que parara.

Deslizó expertamente su lengua contra la mía y una de sus manos se movió entre mis muslos; me acarició el clítoris con el pulgar, llevándome cada vez más cerca del límite con esa presión perfecta. Arqueé la espalda sobre la camilla cuando un cosquilleo familiar me recorrió la columna vertebral. Estaba al borde del precipicio; el placer me esperaba tras un par de caricias más.

—Entonces… —susurró el técnico contra mis labios con una voz profunda y sensual que yo conocía demasiado bien—. ¿Por fin vas a dejarme terminar lo que empezamos hace años?

¿Tyler?

El mundo dejó de girar de golpe. Me quité el antifaz e inspiré hondo al verlo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué estás…? ¿Por qué estás…? —No llegué a terminar la frase: salté de la camilla como si quemara.

—Hola, Harlow. —Recorrió con la mirada mi cuerpo desnudo, con los labios entreabiertos.

Me sonrojé, cogí el albornoz, me lo puse y me até el cinturón.

Tenía un millón de preguntas dándome vueltas en la mente, pero no conseguía que mi boca eligiera una: «¿Por qué estás aquí? ¿Qué leches está pasando? ¿Es a esto a lo que te dedicas?».

—Nos queda media hora de sesión, señorita McGuire —dijo en tono profesional—. Y quiero darle lo que ha pedido.

—No he pedido nada.

—Claro que sí —sonrió—. He leído tus peticiones y todavía no te lo he hecho con la boca ni he comprobado lo mucho que te mojas.

Di un paso atrás, sintiendo cómo la humedad me resbalaba por los muslos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. ¿Te ha dicho Chelsea que iba a venir?

—No, estoy sustituyendo a alguien. —Parecía sincero—. No tenía ni idea de que ibas a venir hasta que vi tu nombre en la lista de reservas.

—¿Y decidiste encargarte personalmente de mi cita?

—Obviamente. —Sonrió.

—Bueno, ahora mismo me siento muy tentada de contarle a tu jefe todo sobre este negocio paralelo que os traéis tus amigos y tú.

—Yo soy el jefe —respondió, satisfecho—. Y tú has sido la primera excepción a mis reglas. —Iba a seguir preguntando, pero él se me adelantó—. Túmbate en la camilla.

—No, no hace falta. —Sacudí la cabeza—. Ya he tenido suficiente.

—Me parece que no. Quiero decir, estás tan tensa como de costumbre, pero hay ciertas áreas que necesitan desesperadamente mi atención.

—Acabo de recordar que tengo que ir a otro sitio —mentí—. A la fiesta de «todo vale».

Me miró como si supiera que estaba mintiendo. Con aire divertido se acercó a la puerta y la abrió y yo correteé hacia ahí, aunque tuve que detenerme cuando me agarró suavemente del moño y me soltó el pelo.

—¿No se supone que tienes que darme un cuestionario de satisfacción? —pregunté.

—Solo se usan en los masajes de verdad.

—Pues tengo una queja.

—«Tengo miedo de correrme por fin con el tío que me gusta» no está entre las opciones de la encuesta. —Hizo que levantara la barbilla con la punta de los dedos—. Estás la hostia de guapa cuando llegas al límite, pero me encantaría ver cómo te corres. ¿No crees que deberías quedarte para que los dos sepamos cómo es?

Di que sí, joder. ¡Sí!

—No puedo.

Salí corriendo de ahí antes de cometer un gran error.

Al regresar a la suite, vi que tenía un nuevo mensaje de Chelsea.

Chelsea: Vale, a ver, ya llevas ahí bastante tiempo, así que, por favor, dime que has encontrado a alguien con quien irte a la cama.

No tuve el valor de decirle que el hombre más sexy que había en ese lugar, el hombre con el que de verdad quería follar, era su hermano.

11

Ahora me ves…

Harlow

—Aquí está su piña colada especial, señorita. —El camarero me puso delante la copa helada la tarde siguiente—. Está invitada a todas sus comidas y sus gastos durante su estancia por cierto caballero… —Antes de que pudiera preguntarle de quién hablaba, señaló hacia la piscina.

Miré por encima del hombro y vi a Tyler apoyado contra una palmera. Se me endurecieron los pezones cuando se lamió el labio inferior y me guiñó un ojo.

Iba sin camiseta, con los magníficos abdominales a la vista, y llevaba un bañador caqui que hacía que todas las mujeres que pasaban por delante se volvieran a mirar el bulto duro como una roca que escondía. Sonrió y me hizo un gesto para que me acercara.

Es como si supiera que la noche anterior me había roto todos los esquemas, que había hecho realidad hasta la última de mis fantasías con sus manos y su boca sobre la mía durante el masaje.

Ni se te ocurra, Harlow…

Atraída por sus ojos verdes, cogí la copa y me acerqué a él.

—Gracias por la invitación, Tyler.

—De nada, Harlow. ¿Tienes planes para hoy?

—Otro masaje.

Enarcó una ceja.

—No he visto tu nombre en mi agenda.

—Porque he pedido un masaje normal, con piedras, y con una mujer. Por favor, no te ofendas.

—Para nada. —Sonrió—. ¿Alguna cosa más?

—Pienso conocer gente nueva —mentí.

—Parece divertido… —Dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros—. Deberías darme tu nuevo número de teléfono.

Dudé unos segundos.

—Dejo el teléfono en la habitación desde que he llegado.

—Me parece buena idea.

—No era una invitación.

—No pretendía que me invitaras —sonrió, satisfecho—, aunque sé que te mueres de ganas. ¿Quieres venir tú a mi habitación?

Tenía las palabras «Claro que sí» en la punta de la lengua, pero me la mordí para contenerlas. Por muchas vueltas les diera a los pros y los contras, siempre llegaba a la misma conclusión: Chelsea me habría matado.

—Tengo planes para todo el tiempo que voy a estar aquí —dije, dando un paso atrás—. Ya nos veremos.

Le eché una larga mirada, contemplando lo tentadoramente guapo que era e imaginando las cosas que me gustaría que hiciéramos, y luego me marché a mi habitación.

Para mi sorpresa, no me siguió.

12

… y ahora no

Tyler

Harlow desapareció durante toda la semana, aunque ni siquiera me hacía falta verla: me ponía duro solo con pensar en ella, y si creía que iba a esquivarme durante mucho más tiempo, estaba muy equivocada.

Íbamos a resolver de una vez por todas esa insufrible tensión sexual, y a la mierda con las consecuencias.

13

El desvelado de Seattle

Harlow

Salvo cierto beso, siempre se lo había contado todo a Chelsea, y jamás le había mentido, ni siquiera las típicas mentiras piadosas para no herir sus sentimientos; era como una hermana para mí, y me sentí fatal engañándola sin parar cuando me recogió en el aeropuerto.

En la versión de la historia que le conté, el masajista no hizo nada más que deslizar sus manos entre mis muslos unas cuantas veces. Fue suave, no dominante, y después salimos a tomar algo y nos dimos los teléfonos. Vamos, una historia de realidad alternativa como otra cualquiera.

La conocía como nadie y sabía que había dos cosas que protegía con ferocidad: a sus amigos y a su familia. Se mantenía cerca de ellos sin agobiarlos y no aceptaba medias tintas.

Además, estaba a punto de casarse y no quería dramas; se sentía en la cima del mundo y no quería oír malas noticias.

—Bueno, se acabó por hoy —dijo, dejando los menús de boda sobre la mesa de centro—. Ya miraremos mañana el resto de las opciones para el menú.

—Me parece bien.

—Oye, dime una cosa… —Se levantó del sofá—. ¿Si te pago para que vuelvas al resort, te arriesgarías y te acostarías con ese masajista?

—Ni de coña.

—¿Por qué no? —Sonrió—. Me he acostado con algún masajista y son muy buenos en la cama.

—También te casaste con uno y te divorciaste.

—Ay, sí. Bien visto… —Se dio un golpecito con el dedo en los labios—. Mala jugada… Buenas noches, Harlow.

—Buenas noches.

Esperé a que cerrara la puerta de su dormitorio. Tenía que hacer algo con el dolor perpetuo que

sentía entre los muslos. Me metí bajo las mantas y rebobiné mentalmente hasta mi estancia en Florida. Luego busqué el vibrador en el bolso.

Mierda. ¿Dónde está?

El móvil sonó justo cuando lo había encontrado: era Tyler; me quedé mirándolo hasta que saltó el buzón de voz. Y volvió a llamar. Y otra vez.

A mitad de la tercera llamada, mi yo cachondo decidió por mí.

—¿Sí? —respondí.

—¿Interrumpo algo? —Su voz profunda aumentó mi excitación al instante.

—Sí. Estaba durmiendo.

—A mí me pareces muy despierta —dijo, y por su tono pude imaginar que sonreía—. Está bien saber que, a pesar de los años, sigues mintiendo fatal. —Tragué saliva y dejé ese comentario sin responder. Su risa suave rompió el silencio—. ¿No vas a preguntarme qué estoy haciendo yo?

—No. Me has llamado tú.

—No puedo dormir —respondió de todos modos—. Me he desvelado pensando en follar contigo.

—Bueno… —Cogí el vibrador con la mano libre—. Pues espero que encuentres algo que te ayude con ese problema.

—O a alguien… Dime la verdad: ¿estabas durmiendo?

—No.

—¿También pensabas en follar conmigo?

—Puede ser…

—Me lo tomaré como un sí. ¿Es muy tarde para que vaya a verte?

—No, pero no puedes venir.

—¿Por qué no?

—Porque estos días estoy durmiendo en el sofá de tu hermana. —Bajé la voz como si ella pudiera oírme—. Por cierto, está enfadada contigo por no ayudarla con las tarjetas de los padrinos.

—Mmm. —Ignoró por completo la última frase—. Si fuera hasta ahí ahora mismo, ¿te subirías a mi coche?

—Acabo de decir que Chelsea está enfadada contigo.

—¿Te subirías a mi coche, Harlow?

—Sí.

—Bien —aprobó—. Pues estoy aquí. Baja cuando puedas.

Colgó y yo me levanté del sofá sin pensármelo dos veces. No me molesté ni en cambiarme los pantalones cortos del pijama: me puse una chaqueta y me calcé unas botas de lana.

En cuestión de segundos atravesaba de puntillas la puerta principal.

Las luces de un bmw negro parpadearon al otro lado de la calle, y bajé los escalones. Tyler salió del coche y me abrió la puerta del acompañante. Me senté en el asiento calefactado y esperé a que él volviera a entrar.

—Pensaba que no ibas a venir —sonrió, acomodándose en su sitio—. Me esperaba cualquier excusa.

—He salido para dártela en persona. —Enarcó una ceja—. No sé cómo decírtelo para que lo entiendas de una vez, pero eres el hermano pequeño de mi mejor amiga.

—Dices eso como si todavía tuviera dieciséis años.

—Ya que lo mencionas, eres seis años más joven que yo.

—Eso no parecía importarte cuando te estaba follando con los dedos hace unos días.

—Ya… —Me sonrojé—. Lo que está claro es que el estar aquí contigo significa que tengo algunos graves defectos que debo solucionar, así que creo que deberíamos parar esto antes de que vaya a más, dejar atrás lo que ocurrió en el complejo turístico, esconderlo junto a lo del beso en tu dormitorio y seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Has acabado?

—Sí. —Asentí—. ¿Tú quieres decir algo antes de que vuelva a entrar?

—Sí. —Se bajó la cremallera de los pantalones—. Ven a sentarte aquí encima.

Inspiré hondo cuando se sacó el miembro de los calzoncillos: era grueso, estaba duro y se mostraba ante mis ojos en todo su esplendor, tentándome a probarlo.

Me eché sobre él y le di un beso en la punta antes de recorrerlo lentamente con la lengua.

Pulsó un botón en el lateral del asiento del conductor para reclinarlo; yo abrí la boca de par en par y, apoyando las manos en sus muslos para mantener el equilibrio, subí y bajé la cabeza hasta llevarlo al fondo de mi garganta.

Se aferró a mi pelo para marcarme el ritmo.

—Joder. —Lo sentí tensarse debajo de mí y me preparé para que se corriera en mi boca, pero soltó una carcajada y me apartó con suavidad—. Quiero que te corras tú primero. —Me dio un beso en la frente, sacó un condón del bolsillo y se lo puso sin apartar la vista de mí; me agarró de la muñeca y tiró de mí para que lo montara a horcajadas, con mi sexo empapado sobre su miembro.

Me hizo descender sobre él y gemí cuando se deslizó dentro de mí, centímetro a centímetro.

—Aaah. Joder, Tyler.

Me besó para amortiguar mis gemidos con sus labios dominantes y, cuando estuvo completamente dentro de mí, me sujetó con una mano y me bajó la cremallera de la chaqueta con la otra. Me deslizó por el hombro el tirante de la camiseta para dejar mis pechos al aire, se metió el pezón izquierdo en la boca y le dio un suave mordisco.

—¿Te gusta tenerme dentro? —susurró contra mi piel, manteniéndome anclada en mi sitio.

—Sí… —jadeé.

—¿Te arrepientes de no haber follado antes conmigo? —No esperó a que respondiera. Me agarró por la cintura y me hizo moverme arriba y abajo, usando el impulso de sus caderas para penetrarme más profundamente—. Me encanta, joder —susurró, y tuve que morderme el labio para no gritar.

Me volvía loca sentir cómo se deslizaba en mi interior, cómo me llenaba, cómo me estiraba y me daba todo lo que siempre había deseado. Nos miramos a los ojos mientras una música suave sonaba por los altavoces.

Lo estreché en mi interior y él me dio una palmada en el culo. Intenté contenerme, disfrutar del momento un poco más, pero los temblores iban en aumento y estallé de pronto; caí hacia delante y grité contra su hombro.

Se aferró con más fuerza a mis caderas y llegó al orgasmo instantes después. Durante varios minutos, el único sonido en el coche fueron nuestros jadeos agitados y los besos húmedos que Tyler me daba en el cuello.

—Dios mío —dije cuando recuperé el aliento—. No me puedo creer lo que acabo de hacer.

—Pues deberías… —Me acarició la espalda lentamente, hizo que me apartara de él y me ayudó a acomodarme en el asiento del copiloto—. Y también deberías plantearte hacerlo de nuevo.

—No me acuesto con nadie con quien no tenga una relación. —Intenté dar marcha atrás y ser diplomática, aunque sabía que era demasiado tarde—. Así que creo que no estoy lista para repetir esto.

Me dio un mordisquito en los labios.

—Podemos tener una relación si quieres. ¿Por qué no vienes esta noche conmigo a mi casa en Portland y lo discutimos?

—Me parece que no. —Abrí la puerta antes de cagarla de nuevo—. Gracias por el alivio sexual, hermano pequeño de Chelsea.

—Gracias por una mamada increíble, mujer adulta. Te llamaré pronto para la segunda ronda.

—Si me llamas, no pienso responder.

—¿Y si te mando un mensaje?

Cerré de un portazo y subí corriendo los escalones. Miré por encima del hombro y vi que Tyler no apartaba la vista de mí. Luego encendió las luces del interior de su coche y me guiñó un ojo antes de volver a apagarlas. Al entrar en casa de Chelsea solté un largo suspiro.

—Eh, eh, eh… —Chelsea estaba en la cocina, espátula en mano—. ¿Dónde puñetas te habías metido? —Mierda—. Tienes el pelo revuelto y las mejillas más rojas que un tomate. —Se cruzó de brazos—. Parece como si acabaras de follar.

—Porque lo he hecho. —Me aclaré la garganta para ahogar las palabras «Con Tyler» antes de que escaparan de mis labios—. No lo tenía planeado, pero un tío que lleva tiempo persiguiéndome ha venido hasta aquí y me ha llamado para que bajara.

—¿Sexo sin compromiso en un coche? —jadeó. Asentí y ella chilló como si aquello fuera un acontecimiento que le hubiera cambiado la vida—. Vale, espera. ¿Quién es el tío?

—Alguien que conocí en el complejo turístico y que, casualmente, estaba en la ciudad.

—Bueno, ¿y qué tal? —preguntó.

—Ha sido el mejor polvo de mi vida.

—¡Joder, sí! —Abrió un armario—. Siéntate en un taburete mientras hago tortitas y prepárate para contármelo todo.

Se lo conté todo.

Bueno, casi todo.…

14

Sexo en Nueva York Seattle

Tres días después…

Harlow

Actualicé la bandeja de entrada por enésima vez, preguntándome por qué Tyler aún no me había enviado un mensaje para una segunda ronda. Había sido demasiado bueno como para limitarnos a una sola vez, fueran cuales fueran las consecuencias.

—¿Señorita? —Un cliente me dio un golpecito en el hombro cuando estaba comprobando los mensajes una vez más—. ¿Cuándo empieza la exposición?

—Dentro de un minuto. —El corazón me dio un vuelco cuando por fin apareció un nuevo mensaje.

555-987-2312: Hemos intentado ponernos en contacto con usted para hablar del seguro de su vehículo…

¡Uf! Metí el móvil en el cajón y me di cuenta de que el cliente que intentaba hablar conmigo ya se había ido.

—Mmm… —Ashley se aclaró la garganta—. Sé que la jefa es usted, pero es mejor que se vaya a casa y no vuelva en lo que queda de día.

—¿Qué?

—Lo único que ha hecho hoy es mirar el móvil y gruñir. —Sonrió—. Supongo que está esperando a que alguien la llame. O puede que esté estreñida…

—Estoy bien, Ashley, no tengo por qué irme.

—Nos ha costado quince clientes y dos visitas.

—Vale, recojo mis cosas y me largo.

—Gracias.

Pasé junto a ella y cogí el bolso. Salí al callejón y me detuve al ver a Tyler yendo en mi dirección con una enorme bolsa marrón.

—¿Sales pronto de trabajar? —preguntó.

—Sí. Voy de camino a una cita con otro chico con el que me acuesto, uno que me manda mensajes cuando dice que va a hacerlo.

—Ah. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. ¿Quieres que te lleve?

—Ya voy yo sola.

—Insisto —rio, y sentí un cosquilleo en el estómago—. No vivo en Seattle, sino en Portland, ¿recuerdas?

—Dijiste que me mandarías un mensaje.

—Y tú dijiste que no ibas a contestar —replicó con una sonrisa infantil—. Pero mientes fatal, así que no creo que puedas hacer frente a que lo nuestro sea solo sexo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto. —Me besó hasta que perdí la noción del espacio y del tiempo. Cuando estuvo seguro de que me había quedado sin aliento, susurró—: Deberías dejar que te invite a comer. Deberías salir conmigo, como siempre he querido. Deberías dejar que te regalara cosas bonitas y que te demostrara lo mucho que te quiero. —Me sonrojé y me di cuenta de que la bolsa que llevaba en la mano era de mi empresa de catering favorita—. Si prometo portarme bien, ¿responderás a mis mensajes sexis?

—Depende de cuántos pienses enviar al día.

—Para empezar, digamos que dos —respondió—. ¿Sí o no, Harlow?

—Sí.

Sacó el teléfono del bolsillo y tecleó algo. Mi teléfono vibró contra mi pecho segundos después.

Tyler: Tú y yo, en tu despacho de la galería. Ahora.

Tyler: Y después iremos a pasar la noche a mi casa, a Portland.

15

Lost in translation

Unas semanas más tarde…

Harlow

Asunto: Hola. ¿Te has olvidado?

He visto en la ubicación compartida que estás en Portland ahora mismo. ¿Qué haces ahí? Hoy tengo que probar la tarta. ¿Vas a regresar a Seattle a tiempo para echarme una mano?

Chelsea

Asunto: Cosas de la boda. O_o

Harlow:

Llegas tarde otra vez.

Sabes que sin ti no puedo tomar una decisión sobre las flores ni la decoración.

También te he llamado a la galería y no estabas.

Compórtate.

Chelsea

Asunto: ¿Quizás en otro momento?

Siento que Chad insistiera en que quedemos contigo y el chico del complejo turístico para tomar el brunch. Debe de follar de maravilla, ¿no? ;) ;)

Chad no sabe que te gusta disfrutar de un chico a solas antes de presentárselo a tus amigos. Bueno, da igual, el caso es que estoy en la puerta de tu apartamento y no estás. Me había traído algunos de los regalos para los invitados a la boda (de muy mal gusto) y no pienso dejártelos en el buzón. Ja, ja, ja.

Llámame cuando estés libre para que podamos probarlos juntas.

Chelsea

Asunto: Fiesta de pijamas para la dama de honor

He decidido que puedes compensarme por llegar tarde y por estar desaparecida en combate últimamente ofreciéndome tu apartamento para hacer una fiesta de pijamas, como en los viejos tiempos. Venga, en serio, ¿me ayudas a preparar las bolsas de invitados para los ejecutivos de la empresa de Chad y los regalos para las damas de honor? Sé que es un sí, así que ¿te va bien el viernes?

p. d.: Sé que es mi cuarta boda, pero de verdad que creo que esta es la buena. ¿Tú qué opinas? Sé sincera.

Chelsea

16

Secretos y mentiras

Tyler

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Me acerqué a la puerta de mi apartamento y la abrí, esperando ver a Harlow semidesnuda por tercera noche consecutiva, pero era mi hermana.

Mierda.

—No me puedo creer que Harlow me dejara plantada la noche del tequila para acudir a otra cita con su chico misterioso. —Entró sin que me diera tiempo a invitarla a pasar—. Más vale que ese tío sea un veinte sobre diez.

—Seguro que sí —respondí—. ¿Has venido conduciendo hasta Portland sin llamarme antes?

—Como si estuvieras haciendo algo… —Echó un vistazo alrededor—. Como Chad está formando a un empleado nuevo y Harlow está entregada a la lujuria, he pensado que podíamos pasar un rato juntos.

—Yo también tengo planes para esta noche —contesté, rezando para que Harlow no estuviera ya en el ascensor—. Un cliente de última hora. Un cliente muy importante.

—¡Aj! —se quejó—. Bueno, pues me comeré lo que tengas en la nevera y esta noche me quedaré a dormir en la habitación de invitados.

Ni se molestó en esperar a que le diera permiso: entró en la cocina como si fuera la dueña y cogió la pasta al parmesano que había preparado para Harlow.

—Sírvete tú misma, no te cortes.

—Gracias por tu increíble hospitalidad —sonrió—. ¡Ah! Debería llevarme un poco a casa. A Harlow le encanta la pasta al parmesano.

Soy muy consciente de ello.

Cogí el teléfono para enviarle un mensaje a Harlow.

Yo: Cambio de planes. Te llamo dentro de diez minutos.

Harlow: No sé si podré esperar diez minutos. No llevo nada debajo del abrigo y me estoy congelando.

Yo: Ahora mismo bajo. Vamos a tener que ir a un hotel.

—¿Por qué estás sonriendo así? —preguntó Chelsea.

—Por nada. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Yo tengo que ir a ver a mi cliente.

—¿En serio? —Frunció el ceño—. ¿Por qué me da la impresión de que todos estáis evitándome?

Porque es así…

17

F*r*i*e*n*d*s

Tyler

Harlow se removió en la cama del Gran Hotel a la mañana siguiente; estaba despeinada y su pelo oscuro se extendía por la almohada. Durante la noche se me había puesto encima dos veces para practicar sexo, y las dos veces yo la había llevado al límite.

También habíamos tomado tortitas por la mañana temprano y después cerveza, y nos habíamos dado un baño en el jacuzzi de la azotea. No quería que se fuera jamás: quería vivir algo así todos los fines de semana; quería que recuperáramos todo el tiempo perdido.

—Hola —sonrió mientras yo le acariciaba el pelo—. Quiero que me confieses algo.

—Dime.

—Antes, cuando veíamos series juntos, no había nada, ¿verdad?

—¿Qué quieres saber en realidad?

—Bueno, es que la semana pasada le gané una partida de Trivial de televisión a tu portero, y me dijo que una vez le hablaste de una mujer que te ganaba siempre y me preguntó si era yo.

—Repito: ¿qué quieres saber en realidad?

Se sonrojó.

—Si te sentías atraído por mí cuando eras menor de edad y solo intentabas que me resultara todo más fácil de tragar…

—Tus habilidades para tragar son fenomenales. —Volvió a sonrojarse una vez más—. Me gustas desde siempre —admití—, pero creía que no tenía la más mínima posibilidad de conseguir nada que no fuera una charla. ¿No es así?

—Totalmente —rio—, pero sí pensé que besabas muy bien la noche que me invitaste a entrar en tu dormitorio.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No quería darte falsas esperanzas —sonrió.

—Me parece bien.

—No me apetece nada contarle a Chelsea lo nuestro. —Su tono cambió de repente—. Me da que no le va a gustar ni un pelo.

—Puede. —Hice que se echara sobre mí—. Pero por ahora no tenemos que preocuparnos por eso: está a tope con la boda.

—Lo sé, pero… —Me miró a los ojos—. Me siento muy culpable, así que ¿podemos discutir el cuándo?

—Depende de cuántas veces te corras… —La besé para intentar dar por terminada esa conversación, pero ella se apartó.

—Esto sigue siendo solo sexo. Y tenías razón al decir que esa clase de relación no es para mí.

—Pero es sexo del bueno.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Te juro que no. —Me incorporé—. Explícamelo.

—Esto puede acabar fatal y…

—Eso no va a pasar.

—Y sigo queriendo las citas, los mensajes, las conversaciones eternas…

—Ya hacemos todas esas cosas, Harlow. Eres tú la que quiere el sexo antes la mayor parte de las veces. —Se mordió el labio inferior—. Eso es culpa tuya. Pero por si acaso piensas que es mía, ¿quieres que nos levantemos y vayamos a desayunar?

—Después de un par de rondas más, si eso…

—Me lo imaginaba.

18

Aguas turbulentas

Harlow

Si en algún momento quise contarle a Chelsea que lo mío con Tyler se estaba convirtiendo en algo más que en un rollo sexual, debía ser ese.

—Todo se está viniendo abajo, Harlow. —Estábamos en una llamada FaceTime a primera hora de la tarde cuando se echó a llorar—. Mi madre está actuando como si esto fuera cualquier otra boda, el del catering y el repostero han cancelado el contrato para atender a no sé qué famoso y apenas consigo hablar con Tyler. Eres la única persona que hoy estaba dispuesta a charlar conmigo.

Sentí una punzada de culpabilidad clavándoseme en el pecho.

—Lo siento mucho.

—Sé que estás muy ocupada con ese cliente de Portland, pero este fin de semana me vendría muy bien tu ayuda aquí, en Seattle, aunque solo sea un par de horas —soltó—. ¿Puedes arreglar las cosas para almorzar mañana conmigo?

—Por supuesto. —Asentí—. Pero ahora mismo vamos a hacer unas llamadas y a encontrar otro catering y otro repostero.

—¿De verdad? —Se secó la cara con la palma de la mano—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. —Me senté en el borde de la bañera de Tyler—. Vamos a hacer quince llamadas cada una y volvemos a charlar en media hora y nos encargamos de lo siguiente. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió y yo colgué.

Cuando terminamos la ronda de llamadas, Chelsea tenía una lista de varios catering de renombre y cuatro citas con diseñadores de tartas para el martes.

Mientras me enumeraba las cosas que quería que le llevara de Portland, Tyler entró en el baño desnudo, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza. Yo le hice un gesto para que se alejara, pero se

limitó a ignorarme, sonriente.

—¿Harlow? ¿Me oyes? —preguntó Chelsea—. ¿Harlow?

—Lo siento. —Aparté la vista de Tyler y me volví hacia la pantalla del teléfono—. Acaba de salir un anuncio de la competencia en la tele.

—No te preocupes. Tu galería es la mejor del estado…, bueno, del país, y siempre lo será.

Tyler se acercó más y se arrodilló entre mis piernas. Abrí los ojos de par en par e intenté concentrarme en Chelsea, pero él apoyó las manos sobre mis muslos, me dio un beso en el vientre y un suave mordisco.

Se me curvaron los dedos de los pies cuando su lengua descendió y me puso un dedo sobre el clítoris; hizo un gesto con los labios y susurró unas palabras que no alcancé a comprender, me guiñó un ojo y enterró la cabeza entre mis muslos.

Joder…

Su boca me hacía sentir de maravilla: era perfecta. Lo agarré del pelo mientras me devoraba.

—Y ya sabes, ten en cuenta que viene gente de todo el mundo solo para disfrutar unos minutos de lo que les ofreces en la galería —continuó Chelsea—. Debes confiar más en lo genial que eres.

—Sí… Sí. —Me agarré con la mano libre al borde de la bañera cuando empezaron a temblarme las piernas. Si Chelsea seguía hablando, iba a ser testigo de cómo llegaba al orgasmo.

—¡Ay! Tengo que dejarte —dijo—. Ha llegado Chad. Te veo mañana para almorzar.

—Hasta mañana. —Solté el teléfono y dejé escapar un grito cuando me recorrió el orgasmo. Tyler me mantuvo quieta y contempló cómo llegaba al éxtasis—. ¿Te has vuelto loco, joder? —jadeé.

—Qué va… —Me besó el interior del muslo—. No te encontraba y he pensado que te habías ido.

—Y cuando has entrado y has visto dónde estaba, podrías haber actuado como una persona normal; podías haber sonreído y haberte marchado.

—Lo habría hecho si hubieras llevado bragas. —Sonrió y me acarició el clítoris de nuevo—. ¿Vas a ir a Seattle a ver a Chelsea?

Asentí.

—Tengo que ayudarla con un par de cosas de la boda.

—¿Puedo echar una mano en algo?

—Puedes responder a sus llamadas sobre la prueba del esmoquin y aceptar su oferta de ir de

copas con Chad.

—¿Algo que no sea eso? —Se encogió de hombros—. Solo quiere que le confirme por enésima vez que voy a ser el padrino. Tengo cien mensajes que lo prueban.

—Puedes mandarle tú un mensaje.

—Lo haré por la mañana. —Se levantó y abrió la ducha—. Ya que te vas a marchar antes de tiempo, ven aquí conmigo para que lo hagamos una última vez.

—¿Sigues pensando que no deberíamos decírselo a Chelsea aún?

—Claro, digámoselo —ironizó—. Justo antes de su boda, un acontecimiento que siempre se convierte en el centro de su universo. Podemos confesarle que nos besamos hace tiempo y a ver qué tal va todo. Teniendo en cuenta lo loca que se vuelve cuando los libros terminan en un cliffhanger, estoy convencido de que reaccionará mucho mejor cuando conozca a los personajes en la vida real.

De repente se me pasó por la cabeza la imagen de Chelsea tirando la edición en tapa dura de Tormenta de espadas delante de un autobús en marcha.

—Vale, lo pillo.

19

Fuga (casi) perfecta

Una semana después…

Harlow

El centro de mesa de Chelsea cayó al suelo mientras Tyler me penetraba otra vez, llevándome al tercer orgasmo de la noche. Estaba convencida de que nunca iba a saciarme de él.

—No puedes seguir presentándote en mi apartamento así como así —protesté—. Tengo trabajo.

—Solo quería ayudarte a estrenar toda la casa. —Me apartó unos mechones de pelo de la frente sudorosa—. ¿Prefieres que me pase por tu trabajo?

—No, deja, mejor así. —Me sonrojé; él salió deslizándose de mí.

—Lo suponía. —Me dio un beso en la mejilla y se abrochó los vaqueros.

—No me apetece nada la exposición de esta semana —dije—. Viene un montón de gente estirada y pretenciosa de Nueva York.

—Me parece una forma muy pasivo-agresiva de decirme que no me presente en tu galería para distraerte con una sesión de sexo.

—Te lo parece porque lo es —reí—. Me gusta que sepas leer entre líneas.

—Tomo nota. —Se puso la americana—. ¿Quedamos luego para cenar?

—Claro. —Asentí—. Ven aquí, a casa.

—De eso nada —respondió—. Mandaré un coche para que venga a recogerte a las seis y te traeré por la mañana.

—Podrías preguntarme antes si me parece bien…

—No hace falta: lo sé. —Me dio un último beso apasionado antes de irse.

Estaba cogiendo una toalla para darme un baño cuando sonó el timbre de la puerta.

—En serio, tengo que trabajar, así que… —Me frené en seco nada más abrir la puerta. No era Tyler que regresaba para otra ronda: era Chelsea.

—Yo también estoy encantada de verte —sonrió—. ¿Me dejas pasar?

—Vale. —Abrí la puerta de todo y la dejé entrar—. ¿Qué pasa?

—Necesito tu opinión sobre algo que mi tía me ha enviado. Bueno, eso y que quería repasar la lista de tareas pendientes, porque tengo la sensación de que me olvido de algo.

—No hay problema —respondí—. Tengo controlada la lista y ya casi he acabado de comprobar qué postre prefiere cada invitado.

—Me alegro. —Se rascó la cabeza—. ¿El que acaba de salir era Tyler? Iba de lo más desaliñado.

—También tengo los esquemas finales de la asignación de asientos —cambié de tema a toda prisa—. Y mañana, si no hay cambio de planes, la artista se encargará de los diseños en las vidrieras.

—Harlow, ¿ese era Tyler?

—Está muy emocionada con esa que es enorme —seguí, intentando mantener el cambio de conversación—. Dice que es el más grande que ha hecho nunca. —Miró hacia la puerta y luego hacia mí de nuevo—. Como le lleva bastante hacerlas, le ha pedido a los de la capilla que la dejaran trabajar ahí la próxima semana.

—Tyler me dijo que hoy tenía trabajo en otro estado. Y la semana pasada Chad me comentó que había visto a una pareja que se parecía a vosotros. —Dio un paso adelante y se cruzó de brazos —. ¿El chico misterioso que conociste en el complejo y con el que has estado acostándote es Tyler?

—Creo que esa artista nos va a dejar a todos boquiabiertos.

—Para. No intentes distraerme, Harlow. —Alzó la voz—. ¿Te estás acostando con mi hermano? —No respondí, pero sabía que mi cara lo decía todo—. ¿Por eso has llegado tarde mil veces y has estado completamente ilocalizable? —Se le quebró la voz—. ¿Porque follarte a Tyler es más importante que la boda de tu mejor amiga?

—No es eso…

—Pero te lo estás follando, ¿verdad? —Me mantuve en silencio—. ¡Dios mío! Yo te lo cuento todo, Harlow —siseó—. ¡Todo!

—Pensábamos decírtelo después de la boda.

—¿Pensábamos? —Parecía a punto de estallar—. No sé cómo has podido hacerme esto. Ya me parece fatal que te acuestes con mi hermano, pero que encima me mientas… Me has estado

mintiendo a la cara todos los días.

Se me encogió el corazón.

—Pensaba que no era el momento adecuado para…

—No pensaste y punto —me interrumpió—. Mi hermano es incapaz de comprometerse con nada más allá de un par de semanas, y sé que estás deseando superar lo de Dave con quien sea, pero no deberías haber pensado siquiera en Tyler. ¡Ni siquiera ha terminado la universidad! —Me mordí la lengua: no era el momento de revelarle lo que había estado haciendo con su vida—. Eres como mi puñetera hermana, Harlow. —Las lágrimas anegaron sus ojos—. Es como si fuera incesto.

—Chelsea…

—No —dijo, con el rostro encendido—. Joder, no. No te atrevas a decir nada que no sea «Lo siento».

Sacudí la cabeza.

—No lo siento.

—¿Perdona?

—Siento habértelo ocultado. Pero Tyler me gusta mucho.

—Tyler solo es un ligue de rebote, Harlow. El primer tío al que te has tirado desde Dave, al que olvidarás en cuanto conozcas al siguiente.

—Déjame explicártelo. Te juro que es mucho más que eso. —Tal vez revelarle lo del beso del dormitorio no fuera lo mejor en ese momento, pero si la ayudaba a ver las cosas a mi manera, estaba dispuesta a hacerlo—. Sé que ha sido muy rápido, pero creo que me estoy enamorando de él en serio, Chelsea. Hace que todo sea sencillo y fácil y…

—Ay, Dios. —Dejó escapar una carcajada carente de humor y se secó las lágrimas—. ¿Me estás diciendo que vale la pena perder nuestra amistad por salir con mi hermano? Y por hacerle daño, porque cuando esto no funcione se lo vas a hacer y lo sabes.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Eres la persona más inteligente que conozco. Sabes de sobra de lo que hablo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Chelsea, escúchame.

—Ve a mi despedida de soltera, déjate ver diez segundos y luego lárgate —ordenó, ignorando mis súplicas—. Quiero disfrutar del fin de semana con gente que no me mienta descaradamente y no quiero que nadie sepa lo mucho que te odio ahora mismo.

—Chelsea, por favor…

—¿Por favor qué? Si estuviera saliendo con alguien de tu familia… Ah, espera. Jamás te haría algo así ni aunque pudiera porque eso es pasarse de la raya.

Fui hacia ella para abrazarla e intentar que se calmara, pero me esquivó y abrió la puerta.

—No me llames ni me escribas. —Dio un portazo tan fuerte que hizo temblar las ventanas.

Antes de que pudiera desplomarme en el sofá, Chelsea volvió a llamar a la puerta. Dudé antes de abrir.

—¿Sí?

—Una pregunta rápida —dijo, con la voz entrecortada—. La noche que saliste de mi casa para acostarte con alguien en un coche, el mismo día que te pusiste poética sobre el tío bueno del resort que te había dado el masaje…, era todo mentira, ¿verdad? —Me quedé mirando las lágrimas que corrían por sus mejillas, incapaz de decir palabra—. Contéstame.

—Sí. Era mentira.

—Pues han sido demasiadas mentiras para presumir de contármelo todo. —Sacudió la cabeza y bajó furiosa los escalones.

20

El final de todo

Harlow

El portero del piso de Tyler me tendió un pañuelo en cuanto bajé del taxi. No dijo ni palabra, no me preguntó por qué no había entrado por la otra puerta y ni siquiera soltó la cita de una peli y para que la adivinara.

Casi parece que sabe a qué he venido…

Esquivé su mirada mientras me acompañaba al ascensor, ignorando la dolorosa punzada que sentí en el pecho al cerrarse las puertas.

Cuando llegué al piso de Tyler me quedé plantada en el pasillo durante un buen rato. Por mucho que hubiera intentado sacarme la voz de Chelsea de la cabeza, una de las frases más hirientes seguía dándome vueltas en la mente: «¿Vale la pena perder nuestra amistad por salir con mi hermano?».

Me enjugué los ojos por última vez y llamé a su puerta. No hubo respuesta. Llamé de nuevo con mucha más fuerza y durante mucho más tiempo.

—Hola. —Abrió la puerta, vestido tan solo con unos calzoncillos de color gris oscuro—. Estaba a punto de… ¡Eh! —Me encerró la cara entre las manos—. ¿Qué te pasa, cariño?

—No me llames así.

Enarcó una ceja.

—¿Qué?

—No quiero seguir saliendo contigo —dije con voz firme, aunque las lágrimas seguían empapándome las mejillas—. Creo que lo nuestro ya ha cumplido su cometido y ahora debo centrarme en estar sola y en rehacer mi vida después del divorcio, ¿sabes?

—No, no sé. —Me secó las lágrimas con la punta de los dedos—. ¿De qué estás hablando?

—Mira, me has ayudado a distraerme y follas de miedo, pero tengo que dejar de engañarme. —Dio un paso atrás, muy confuso—. Esto se acabó. Quiero dejarlo. Mejor acabar ahora, antes de

que nos hagamos daño.

—Pues ya llegas tarde.

Silencio.

—Tengo un taxi abajo. —No sabía qué más decir—. Me ha dicho que solo iba a esperarme diez minutos, así que… tengo que irme si quiero llegar a Seattle a tiempo para el trabajo.

—¿Y ya está? —Entrecerró los ojos—. ¿Vas a salir de mi vida sin más y a actuar como si lo nuestro no significara una mierda?

—Te he dicho que follas de miedo…

—Creo que a estas alturas los dos sabemos que esto no es solo sexo, Harlow. —Dio un paso adelante, y yo di uno atrás—. Antes no eras así. ¿Qué ha cambiado?

—He puesto los pies en la tierra, nada más.

—Mentira. ¿Por qué no entras y lo hablamos?

Sacudí la cabeza.

—Adiós.

—Harlow…

—Se acabó, Tyler. Se acabó…

Me siguió hasta el ascensor, pero, aunque parecía tan dolido y disgustado como yo, no entró conmigo. Me miró fijamente hasta que se cerraron las puertas, y solo entonces rompí a llorar de nuevo.

21

Solos

A la mañana siguiente…

Tyler

Chelsea: No me puedo creer que Harlow se aprovechara de ti. Debería habérselo pensado mejor. Y tú también, que es como una hermana para ti. Bueno, era. Tenemos que hablar antes de la boda.

No pienso hablar de una mierda contigo.

Esa mañana repasé mentalmente un millón de veces el doloroso monólogo de Harlow, leyendo entre líneas. Ya suponía que mi hermana había tenido algo que ver, pero tras ese mensaje lo sabía con certeza.

Hirviendo de rabia, busqué el contacto de Harlow y pulsé el botón de llamada, pero ni siquiera llegó a sonar.

—«Este es el buzón de voz de Harlow McGuire. Por favor, deje su mensaje y me pondré en contacto con usted lo más pronto posible».

Llamé a la galería.

—«Ha llamado a la Galería McGuire». —El mensaje del buzón de voz también saltó al instante —. «Debido a nuestra apretada agenda de exposiciones privadas, no aceptamos llamadas ahora mismo, pero, si deja su nombre y su número de teléfono, mi ayudante se pondrá en contacto con usted».

Joder.

Sabía que Harlow no quería romper conmigo —su cara lo decía todo—, y no podía soportar la idea de verla con otra persona.

Lo de su ex ya había sido horrible.

Por mucho que quisiera llamar a Chelsea, ponerla en su sitio y decirle que era una hipócrita y que se estaba comportando de un modo muy poco razonable, no podía hacerlo. Ella jugaría la carta de «Voy a celebrar mi boda», y yo no tenía nada con qué responder.

Esperé unas horas y volví a llamar a Harlow. Y una vez más…

22

Numb3rs

Dos semanas después…

Harlow

Me desperté con un dolor insoportable en el pecho. La funda de la almohada estaba empapada con mis lágrimas y tenía la garganta seca de tanto llorar.

El número de llamadas perdidas de Tyler ascendía ya a setenta y dos; en cada una de ellas había dejado un mensaje de voz. Seguía mandándome mensajes para rogarme que lo reconsiderara, pero me obligué a mantenerme firme.

No quería echar a perder la boda de Chelsea con una nueva traición.

Aun así, algo me decía que lo peor todavía estaba por llegar.

23

The Blacklist

Harlow

Asunto: Despedida de soltera

¡Hola a todas!:

Os informo de que la despedida de soltera tendrá lugar en la azotea del May Flower Park Hotel, en el 405 de Olive Way. Desgraciadamente, Harlow ya me ha dicho que no podrá estar con nosotras (tiene muchas cosas que hacer ahora mismo), pero nos tomaremos una copa en su honor.

Por favor, llegad a las seis en punto.

Atentamente

Chelsea

Asunto: Noche de chicas

Hola, Harlow:

Chelsea nos ha dicho que estás liada con algo muy gordo y que no vas a venir a la despedida este fin de semana.

Sé que has pasado mucho tiempo planeándola, así que me gustaría que supieras que vamos a echarte de menos.

Por favor, que esta sea la última boda, ja, ja, ja.

Brittney

Asunto: Chat de grupo

Te he eliminado del chat del grupo de las damas de honor. Si surge algo antes del ensayo de la boda, haré que alguien te envíe un correo.

Chelsea

24

Conexiones perdidas

Tyler

Los síntomas de la abstinencia por haber perdido a Harlow fueron mucho peores que cualquier cosa que hubiera sentido en mi vida. En cuestión de semanas había pasado de estar a punto de pedirle que hiciéramos oficial lo nuestro a llorar como un bebé.

El lunes por la mañana me quedé plantado ante de la puerta de su galería porque sabía de sobra que estaba dentro. Había conducido hasta Seattle a primera hora de la mañana solo para verla entrar antes de mover ficha.

Todavía es mía.

Pulsé el timbre y esperé. La puerta se abrió en cuestión de segundos, pero no era mi Harlow. Era su asistente, Ashley.

—La señorita McGuire no se encuentra aquí en este momento, señor Hemsworth, pero le haré saber que ha venido.

—No me joda, Ashley, y déjeme entrar. Lo que tengo que decirle solo me llevará cinco minutos.

—Ojalá pudiera, pero no es posible. —Sacudió la cabeza—. No puedo permitirme perder este trabajo.

—Dudo que Harlow la despidiera por eso.

—Ella haría lo que fuera por reconciliarse con Chelsea… —Su voz se fue apagando—. Por favor, no me meta en el medio de todo esto, señor Hemsworth.

Di un paso atrás y ella empezó a cerrar la puerta.

—Espere —pedí.

—¿Sí?

—¿Puede darle un mensaje de mi parte? —Ella asintió—. Dígale que es la mujer más guapa que he visto y que he venido desde Portland solo para verla porque la echo mucho de menos. —Me

detuve un instante—. Y dígale también que me quedaré una hora más si quiere comérmela para almorzar.

Sus mejillas se tiñeron de rojo brillante.

—No pienso decirle eso.

—Hágalo.

25

Ensayo nupcial

Harlow

—Si esta vez tampoco funciona y se le ocurre celebrar otra boda… —La madre de Chelsea hizo una pausa para darle una calada a su purito mientras esperábamos a la puerta de la iglesia—. Si se le ocurre, voy a asistir por Zoom. No pienso aguantarlo más.

—Se lo haré saber —sonreí.

—Eso si vuelve a hablarte… —No tenía respuesta para eso—. Mira, no pienso reconocer que he dicho esto, así que no te atrevas a repetirlo —tiró la colilla a la acera—, pero jamás había visto a Tyler tan feliz, y sé que ha sido gracias a ti.

—No sé qué te ha dicho Chelsea, pero Tyler y yo hemos roto. —Me encogí de hombros.

—Pues muy mal hecho.

Enarqué una ceja.

—¿Qué?

—Tyler ha estado enamorado de ti desde que tengo memoria. De hecho, me sorprende que no hubierais salido antes.

—Chelsea dijo que era como un incesto.

—Chelsea le dice «hasta que la muerte nos separe» a un novio nuevo cada dos años, cariño —resopló—. Yo en tu lugar no me tomaría demasiado en serio su opinión. —Me dolía demasiado el corazón como para reírme—. Vive tu vida sin pensar en los demás. Tyler y tú os merecéis una oportunidad.

Y de pronto Tyler salió del coche al otro lado de la calle, cerró las puertas con el mando y levantó la vista… Y el mundo dejó de girar cuando sus ojos se encontraron con los míos y me miró lentamente de arriba abajo.

Estaba tan sexy que el corazón se me desbocó en el pecho.

—Vale, vale, vale. —La organizadora de bodas apareció de repente detrás de mí, dando palmas —. ¿Pueden acompañarme dentro el padrino y la dama de honor, por favor? Tenemos que ponernos en marcha ya.

La madre de Chelsea me dio una palmadita en el hombro.

—A mí no me mires. —Entró y yo quise ir tras ella, pero la mirada de Tyler me mantenía anclada al sitio. Cuando llegó a los escalones, me di media vuelta y puse la mano sobre el pomo de la puerta.

—De eso nada. —Me agarró el codo e hizo que me girara—. Tenemos que hablar.

—Este no es buen momento.

—No nos va a llevar mucho. —Me miró a los ojos con intensidad—. Me gustas. Mucho. Y me importa una mierda lo que mi hermana piense al respecto. Tampoco me parece lógico que tengas en cuenta lo que opina sobre las relaciones cuando se ha divorciado tres putas veces.

—Tyler…

—Si hay alguien que no sabe nada sobre las reglas de las relaciones, es ella, no tú o yo. Tienes esta noche para pensarlo, pero cuando acabe la cuarta boda y se haya marchado el último invitado, quiero una respuesta sincera.

—Si es un no, ¿lo aceptarás?

—Solo si es lo que de verdad quieres.

—Echo de menos a mi mejor amiga.

—Y yo te echo de menos a ti. —Me fulminó con la mirada, pero poco a poco su expresión se suavizó. Dejó escapar un suspiro, pasó a mi lado y abrió la puerta—. Tienes hasta mañana.

26

El gran día

Harlow

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos… —La voz grave del cura inundaba la iglesia, pero yo era incapaz de centrarme en el gran día.

En las bodas anteriores de Chelsea había lucido una enorme sonrisa al caminar hacia el altar, pero hoy me dolía demasiado el corazón porque no podía dejar de pensar en que Tyler no apartó la vista de mí durante toda la ceremonia; sus hermosos ojos verdes me suplicaban que nos diéramos otra oportunidad.

—Yo os declaro marido y mujer. —El pastor dijo las palabras finales, y Tyler por fin miró hacia otro lado—. Puedes besar a la novia.

Chad ahuecó la cara de Chelsea y la besó, y todos aplaudieron.

Levanté la cola del vestido de Chelsea mientras iba por el pasillo y la seguí hasta llegar a la suite nupcial. Antes de que pudiera alejarme, me cogió de la mano y me hizo entrar.

—¿Puedes dejarnos solas un momento, Chad? —preguntó.

—¿El día de nuestra boda?

—Sí, el día de nuestra boda. Solo será un minuto. Ve a entretener a los invitados o algo así.

—Vale, de acuerdo. —Le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación.

—Me alegro por ti y por Chad, pero voy a ser sincera: si esperas que me disculpe por haberme enamorado de Tyler…

—Lo siento mucho, joder —me interrumpió.

—¿Eh? —Me di un pellizco para asegurarme de que no estaba soñando.

—Me molesta que no me lo dijeras, pero ya no estoy enfadada contigo. Los dos sois adultos y… no es asunto mío.

Vale. Estoy alucinando.

—¿Han puesto algo raro en el zumo del desayuno? ¿Los caramelos de menta están hechos con setas alucinógenas?

—Nada de eso, Harlow —resopló—. Tu mejor amiga solo intenta admitir que ha sido una idiota.

—¿Solo una idiota?

—Una idiota enorme. —Se acercó a mí—. La idiota más idiota del mundo mundial.

—Por favor, dime que en el fondo sabes que esa frase no tiene sentido.

Ella esbozó una sonrisa que no tardó en apagarse.

—Tyler y tú sois las únicas personas de mi vida que jamás me han dicho nada sobre mis muchas relaciones y mis muchas bodas, así que no está bien que yo os juzgue. Lo que pasa es que no quería que os hicierais daño porque eso lo echaría todo a perder, ¿sabes?

—Lo sé.

Me dio un abrazo.

—Lloraría de alegría, pero no quiero estropearme el maquillaje. Rylie no me ha puesto un rímel waterproof.

Me reí y correspondí con ganas a su abrazo.

—Te veo en la fiesta.

Salí y anduve entre los invitados dispuesta a encontrar el baño más cercano, pero una mano me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia el pasillo.

Tyler.

—No pienso esperar hasta que se acabe la fiesta. Ah, y que sepas que la otra noche te mentí.

Tragué saliva.

—¿Sobre qué?

—Te di a entender que, si no me dabas otra oportunidad, te dejaría en paz, pero es que no puedo.

—Tyler…

—Déjame acabar. —Me miró a los ojos—. Te quiero y quiero lo que teníamos, y sé que tú sientes lo mismo. No he pegado ojo desde que rompiste conmigo, y sé que no voy a volver a hacerlo hasta que entres en razón y me aceptes de nuevo.

—Los hombres suelen ser mucho más cariñosos cuando intentan ser convincentes.

—La mierda agresiva te excita. —Una pequeña sonrisa nació en sus labios, pero no tardó en desaparecer—. No me importa suplicar. Pídemelo y lo haré. ¿Sí o no, Harlow?

Estuvimos unos segundos en silencio.

—No debería haberte dejado —reconocí por fin—. Yo… Chelsea es mi mejor amiga, pero hace unos minutos nos quedamos a solas y…

—Para. —Me puso un dedo sobre los labios—. Me importa muy poco lo que piense. Quiero que me respondas.

—Sí. Joder, sí.

Sonrió, me estrechó entre sus brazos y me besó hasta robarme el aliento.

—¿Quieres que nos reconciliemos antes de la fiesta o después? —susurró.

—¿Estás insinuando que nos acostemos en la boda de tu hermana?

—¿Antes o después, Harlow?

—Ni lo uno ni lo otro. Ahora mismo sería perfecto.

Epílogo

Un año después…

Harlow

Las botellas de champán de nuestra fiesta de compromiso rodaban por las alfombrillas del bmw de Tyler.

El regalo de Chelsea —un bidón de agua de diez litros con la leyenda «¡Pruébalo! Confía en mí!»— estaba en el asiento trasero hasta que decidiera a quién dárselo.

Nos encontrábamos de camino a un complejo turístico privado en la costa de California, un lugar donde íbamos a poder alejarnos de su ajetreada agenda del spa y de mis inesperados picos de clientes. Tyler insistía en hacer algo así cada dos meses para demostrarme que nunca estaba demasiado ocupado para mí.

—¿Pasa algo? —Se llevó mi mano a la boca y la besó.

—No. Solo me preguntaba si este lugar se parece en algo al primer balneario en el que estuvimos.

—Una parte de mí desearía que así fuera. —Sonrió—. Todavía lamento no haber acabado ese masaje.

—Si quieres, puedes intentarlo ahora.

—Tenemos toda una villa frente al mar para nosotros solos —dijo, dándose unos golpecitos con el dedo en la barbilla—. Y llevo mis suministros para masajes. ¿Quiere usted un técnico masculino o femenino?

—Masculino.

—¿Y cómo le gustaría que la hiciera correrse?

—Solo con los dedos. Con guantes.

—Me temo que eso no es una opción. También van a entrar en juego mi boca y mi pene.

Me sonrojé.

—Aceptaré la sugerencia del técnico si me promete que habrá final feliz.

Me miró y me dedicó esa sonrisa tan sexy que me había enamorado.

—¿Estás segura?

—¿Contigo? Sin lugar a dudas.

Si te ha gustado la novela corta de Harlow y Tyler, ¡déjame un comentario en Amazon para que otros lectores lo sepan! (Si la has aborrecido…, guárdatelo para ti. Ja, ja, ja, es broma).

Pero no te pierdas mi próximo libro.

Veintiséis problemas

Whitney G.



Todo empezó con un mensaje de texto.

Bueno, en realidad terminó, pero esa es otra historia.

Tras divorciarme, decidí pasar una semana en un resort de lujo para solteros.

Si lo llego a saber…

Al único hombre al que consigo conocer es a mi masajista, que es demasiado joven para mí…, aunque eso no le impide perseguirme por todo el complejo.

Él hace que todo sea muy tentador, que sea muy fácil decir que sí.

Finalmente consigo marcharme sin ceder. Sin embargo, él aparece en la puerta de mi casa días después para terminar lo que empezamos.

El caso es que su edad no es el único problema entre nosotros.

También es el hermano pequeño de mi mejor amiga…

Biografía de la autora

Whitney G.



Whitney G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today,* y cofundadora de *The Indie Tea,* página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter… Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia…

Veintiséis problemas es la nueva novela de Whitney en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* y *Turbulencias* en 2017; *Carter y Arizona* en 2018; *Mi jefe, Mi jefe otra vez* y *Dos semanas y una noche* en 2019; *Sexy, descarado, irresistible, Olvidar a Ethan* y *El rey de las mentiras* en 2020; *Fue un martes, Entre tú y yo, Te esperaré todas las noches, Novio por treinta días, Besos a medianoche, Fiesta de empresa* y *Sin compromiso* en 2021; *Fue un miércoles* y *Por supuesto que no es él* en 2022 y *Te esperaré siempre, Ejecutivo a la carta, Un abogado irresistible, Ojalá te lo hubiera dicho, Ojalá te hubiera elegido* y *Veintidós mensajes* en 2024.

whitneygbooks.com
IG: whitneyg.author
TW: WhitGracia
FB: AuthorWhitneyG

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Veintidós mensajes

Whitney G.



Todo empezó con una escena de sexo. Bueno, con una escena de sexo que yo no era capaz de escribir.

A pesar de ser una autora con más de cincuenta libros románticos a mis espaldas, me estaba costando hacer lo que mejor se me daba, y, por pasar el rato, le pedí ayuda a un amigo al que conocía solo por internet.

No debí haberlo hecho.

Él escribió una escena mucho mejor que cualquiera que yo hubiera podido redactar, y nuestros siete meses de amistad platónica —aunque con algún coqueteo— se fueron al garete en diez minutos.

Porque me pidió que nos viéramos en persona…

Habíamos acordado mantener la relación en el plano digital, ser solo amigos y no ponernos cara, pero ninguno de los dos pudo resistirse. Cuando lo vi en el aeropuerto me sentí atraída por él al instante, pero no tardé en darme cuenta de que jamás íbamos a poder llegar a nada.

El hombre con el que había estado hablando durante los últimos meses era la última persona que esperaba.

La última persona con la que debía fantasear.

Era el mejor amigo de mi padre.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Veintidós mensajes

Te esperaré siempre
Whitney G.



«Por favor, deje su mensaje después de la señal…».

Tatiana, son ya las cuatro de la madrugada y no puedo dormir porque estoy borracho y en vela, pensando en ti…

En que casi fui tuyo, y tú casi fuiste mía.

Mi vida es un desastre, y toda mi carrera como luchador en la MMA pende de un hilo. Soy muy consciente de que tengo que cambiar muchas cosas.

Necesito que me devuelvas el favor que me prometiste, ese que aún tenemos pendiente desde hace años.

Necesito que finjas ser mi prometida durante noventa días.

Solo noventa días.

No tenemos por qué hablar a escondidas ni tampoco ser amigos de nuevo. Ni siquiera tenemos que besarnos, aunque te aseguro que ningún otro hombre te habrá besado mejor que yo…

Te prometo que no nos tocaremos, a pesar de que la última vez que nos vimos parecía que era eso precisamente lo que deseabas (no intentes negarlo).

En resumidas cuentas: quiero cobrarme ese antiguo favor que juraste que me deberías «siempre».

No te estoy pidiendo demasiado. Solo necesito que finjas por mí que es real…

Captura en el código
los primeros capítulos de
Te esperaré siempre

Una noche y nada más
Whitney G.



Me llamo Andrew Hamilton y soy uno de los mejores abogados de Nueva York. No puedo perder mi tiempo con relaciones románticas, por lo que cubro mis necesidades saliendo con mujeres que conozco de forma anónima a través de una web de ligues.

Tengo un gusto muy particular: rubias y curvilíneas, que a ser posible no sean unas jodidas mentirosas (aunque eso es otra historia).

Mis reglas son muy sencillas: una cena. Una noche. Sin repeticiones. Se trata solo de sexo. Ni más. Ni menos.

Por lo menos se trataba de eso hasta que conocí a «Alyssa». Yo pensaba que era una abogada con la que intercambiaba opiniones jurídicas a altas horas de la noche, alguien con quien hablar…

Pero, de repente, se presentó en mi bufete para una entrevista…

Y todo cambió.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una noche y nada más